

La cuestión del Periodismo en la obra *Utopía capitalista y otros ensayos* de Gilbert Keith Chesterton

Resumen:

El presente trabajo sistematiza las ideas sobre el Periodismo tomando como muestra cuatro textos de la obra *Utopía capitalista y otros ensayos* de G. K. Chesterton. A su vez, pretende localizar y analizar los rasgos estilísticos y establecer vínculos entre Periodismo Católico y el autor.

TRABAJO FIN DE GRADO

Apellidos y nombre: Manuel Bestilleiro Martín

D.N.I.: 53997089N

Correo electrónico: m.bestilleiro@alumnos.urjc.es

Directora: Sara Bellido Sánchez

Grado en Periodismo

Grupo: Campus de Fuenlabrada, Grado en Periodismo; Modalidad presencial

Curso: 2018/2019 – convocatoria: noviembre

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN	3
1.1 Objetivos.....	4
1.2 Metodología	4
2. EL PERIODISMO BRITÁNICO EN EL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XX.	5
3. EL PERIODISMO CATÓLICO	8
3.1 La influencia del contexto actual en el periodismo católico.....	10
4. BIOGRAFÍA DE GILBERT KEITH CHESTERTON	12
5. ESTILO CHESTERTONIANO.....	19
5.1 Estilo intelectual, ideológico y social.	20
5.2 Estilo literario.....	22
6. ANÁLISIS DE LOS TEXTOS PROPUESTOS	25
6.1 Primer ensayo: “Letras y los nuevos laureados”	25
6.2 Segundo ensayo: “Liberalismo: una muestra”	27
6.3 Tercer ensayo: “La fatiga de Fleet Street”	29
6.4 Cuarto ensayo: “La tiranía del mal periodismo”	31
7. CONCLUSIONES	34
8. BIBLIOGRAFÍA	36
ANEXO.....	39

1. INTRODUCCIÓN

A pesar de los cambios que ha sufrido el periodismo con el auge de los grandes conglomerados empresariales y el desarrollo de implantación de nuevos y mejores dispositivos tecnológicos para la captación y difusión de contenidos, hay cuestiones en el Periodismo que siguen siendo claves cuando se pretende hacer un tratamiento crítico de la cuestión: cómo afecta a la actividad periodística que una gran parte de las empresas tengan propietarios millonarios, la calidad de la información y el modo en que nos llega en la actualidad son algunas de ellas.

Esas son preguntas sobre las que muchos periodistas, teóricos de la información y sociólogos reflexionan en la actualidad, y que encuentran su eco en tiempos anteriores. Un ejemplo de ello es esta cita del periodista Pascual Serrano, que describe el papel de los medios de comunicación contemporáneos, que resultar similar al que Chesterton muestra en algunos pasajes de la obra *Utopía capitalista y otros ensayos*: “El resultado de nuestro modelo informativo [...] es la división de los ciudadanos en dos tipos: una gran mayoría que consume grandes medios de comunicación de forma acrítica [...], y una élite política e intelectual que logra comprender las claves del mundo” (2014: 22).

El periodista y ensayista Gilbert Keith Chesterton trató de dar respuesta a esta y otras cuestiones similares a principios del siglo XX, tras los estertores de la Revolución Industrial y en un momento de cambios en la empresa periodística. Por eso, el presente trabajo pretende comprobar por qué los argumentos y la descripción que Chesterton aportó sobre el Periodismo hace ya más de un siglo siguen teniendo relevancia en la actualidad. Para ello, se ha seleccionado como muestra algunos ensayos vinculados con el Periodismo de su obra *Utopía capitalista y otros ensayos*, donde denuncia el servilismo de la prensa a una élite corrupta, el declive de un modelo periodístico hegemónico hasta la fecha en detrimento de un periodismo sin alma, que prescinde de cualquier voluntad de informar y argumentar, de generar conocimiento.

1.1 Objetivos

El presente trabajo tiene como objeto sistematizar las ideas de Gilbert Keith Chesterton que aparecen recogidas en los ensayos sobre el fenómeno del periodismo, así como localizar y describir rasgos estilísticos en los mismos, exponer los métodos que emplea para defender sus ideas y exponer, en caso de que los haya, vínculos con el periodismo católico.

1.2 Metodología

Para acometerlos se plantea desgranar una muestra de cuatro ensayos sobre Periodismo, seleccionados mediante el análisis de contenido. Esta técnica, una de las más habituales en el campo de la comunicación, se centra en el contenido del mensaje, que a su vez es producto de la comunicación a través de medios masivos (Mariño, 2009: 10). Para el presente trabajo, esta técnica resulta la más adecuada a la hora de describir el contenido de la información verbal contenida en los textos, que proceden del ensayo *Utopía capitalista y otros ensayos* (*Utopia of usurers and other essays*). La obra, publicada en Nueva York en el año 1917, está compuesta por nueve artículos con el título “Utopía capitalista” y diecisiete más, considerados como “otros ensayos”, y que vieron la luz en el periódico socialista *Daily Herald*.

Además, se han consultado fuentes de distinta índole. Tanto primarias, que tienen que ver con algunos ensayos y la autobiografía del autor, como secundarias, relacionadas con biografías y estudios sobre el autor, ensayos sobre historia del periodismo, conferencias sobre periodismo católico, entre otros. Todo ello se refleja en los siguientes capítulos del trabajo, con sus epígrafes consiguientes en algunos de ellos: El periodismo británico en el primer tercio del siglo XX; El periodismo católico: definición, características e influencia actual; Biografía de Gilbert Keith Chesterton; Estilo chestertoniano, y Análisis de los textos propuestos. Por último, se ha tenido a bien adjuntar a modo de anexo el contenido de los ensayos seleccionados como muestra para realizar el trabajo. Sobre estos se apoyan las observaciones realizadas.

2. EL PERIODISMO BRITÁNICO EN EL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XX.

El origen de lo que se conoce como el periodismo británico moderno data del año 1896, cuando se creó el *Daily Mail*, cuyo propietario era el empresario Alfred Harmsworth, posteriormente conocido como lord Northcliffe. Comienza a instalarse, de manera progresiva, el modelo de la prensa de masas, que se caracterizará por la convergencia de intereses político-económicos de los dueños de las publicaciones (Schneider, 2004: 177) y la búsqueda del contenido más ácido de la actualidad (Cimorra, 1946: 28). Las nuevas cabeceras --*Daily Mirror* y *Daily Express*-- hacen que el mercado se sature, lo que provoca un descenso de los precios por parte de la “prensa de élite” para poder vender ejemplares. Este modelo de negocio, que priorizó la necesidad de vender, perjudicó la calidad de las publicaciones, desembocando en un mayor sensacionalismo (Schneider, 2004: 179).

Dada la coyuntura de máxima competitividad, los periódicos requirieron el apoyo económico por parte de algunos mecenas, cuyo interés a la hora de adquirir el medio era, sobre todo, de índole política. Así, los afines al Partido de los Unionistas Liberales se hicieron con el *Standard*, *Globe*, *The Observer* y el *Pall Mall Gazette*. Mientras que la otra facción del partido compró el *Daily News*, el *Daily Chronicle* y el *Westminster Gazette*, que en 1930 lograría su máximo esplendor con su fusión, dando lugar al *News Chronicle* (Schneider, 2004: 196). Los periódicos que, como estos, eran adquiridos por personalidades de la política se veían obligados, en mayor o menor medida, a apoyar al partido para sobrevivir (Schneider, 2004: 177).

Alfred y Harold Harmsworth – lord Northcliffe y lord Rothermere— fueron dos de los más importantes “barones de la prensa” en esta época, sobre todo lord Northcliffe, quien sería denominado por la crítica como el “Napoleón de la prensa” (Orozco Núñez, 2016: 27). En 1908 se hizo con el *Times*, uno de los periódicos más destacados del siglo XIX, y *The Observer*, uno de los dominicales más importantes (Orozco Núñez, 2016: 28). A su vez creó el ya mencionado *Daily Mail* y el *Daily Illustrated Mirror*. Entre los dos llegaron a controlar un total de nueve periódicos, con una tirada de prensa superior a los seis millones de ejemplares. Tras la muerte de lord Northcliffe, *Times* volvería a manos de la familia Walter, sus propietarios

originales. Pese a esto, su hermano adquirió el *Daily Mail*, el *Evening News*, el *Weekly Dispatch* y el *Sunday Pictorial*, además de numerosas publicaciones provincianas. En total acumuló más de 100 títulos (Schneider, 2004: 195).

Además de lord Northcliffe, hubo otros grandes propietarios de prensa. Uno de ellos fue William Maxwell Aitken –lord Beaverbook–, que se dedicaba a la Bolsa. Su importancia llegó a tal punto que David Lloyd George, Primer Ministro británico, le concedió el título de lord Beaverbook en 1908 y después le nombró ministro de información. Fue propietario de tres cabeceras: *Daily Express* (1916), *Sunday Express* (1921) y *Evening Standard* (1929) (Schneider, 2004: 178). Otros nombres propios fueron los hermanos Berry –lord Camrose y Kemley–, con el *Daily Telegraph* en 1928 primero y, después, Camrose se haría con el *Financial Times*, icono de la prensa elitista, y su hermano con el *Daily Sketch* (Schneider, 2004: 196).

Antes de que tuviera lugar la Primera Guerra Mundial, la prensa inglesa de la primera década del siglo XX dejó muestras de su *modus operandi* ante otros conflictos bélicos: hubo una campaña del *Daily Mail* contraria a un llamamiento al “pacifismo” con Prusia, señalando el “peligro prusiano”; por su parte, el *Daily Express* logró aumentar sus ventas durante la Guerra del Transvaal, que involucraba al Imperio Británico en Sudáfrica, donde se enfrentó a los colonos neerlandeses; y, por último, la “acción decisiva” del *Times* frente a la Guerra de Independencia Irlandesa (Cimorra, 1946: 28-29).

Sin embargo, los periódicos de papel estuvieron condicionados, fundamentalmente, por la Primera Guerra Mundial (1914-1918). La connivencia de los barones de la prensa con el gobierno inglés convirtió a los grandes periódicos en “instrumentos de propaganda interior y exterior” durante el conflicto (Schneider, 2004: 178). Se creó el Departamento de Información de Londres, dirigido por lord Northcliffe, y controlado por una comisión parlamentaria y otra del ejército. Tenían el deber de reclutar a magnates de la prensa británica para organizar la información que se transmitiría a los lectores, un hecho que sería compensado con reconocimientos nobiliarios (Schneider, 2004: 179). Su final llegó cuando acabó la guerra; las organizaciones de propaganda fueron disueltas o reducidas a su mínima función. Este órgano sería reconstituido en 1939, al inicio de la Segunda Guerra Mundial. La prensa de los barones logró beneficiarse del conflicto gracias a su cooperación con el

gobierno y a que Gran Bretaña no fue zona de conflicto bélico. Según esta autora, la tirada de estos periódicos pasó de 5,4 millones de ejemplares en 1920 a 8,5 millones en 1930 (Schneider, 2004: 194-195).

A pesar de la preponderancia de las grandes empresas periodísticas, el primer tercio de siglo dio lugar a otro tipo de publicaciones que condicionaron el modelo de negocio. El caso más destacado es el del *Daily Herald*, creado en 1911, ligado editorialmente al socialismo desde 1919 y que, en 1922, pasaría a ser el medio del partido (Schneider, 2004: 196). Su modelo de venta se basó en las campañas de promoción, que incluían regalos a los suscriptores, por las que obtuvo 2 millones de ventas en 1933. Sus competidores copiaron la política de ventas, dando más espacio a noticias sensacionalistas (Schneider, 2004: 179).

El apoyo de la prensa de masas al partido conservador perjudicó a los periódicos laboristas y las publicaciones obreras porque no conseguían hacerse con el suficiente respaldo publicitario. Algo de lo que sí gozaban los denominados *quality papers* o grandes cabeceras, cuyos anuncios iban dirigidos a un segmento concreto de la audiencia (Schneider, 2004: 180). La inversión en publicidad en prensa por los grandes almacenes hizo que ésta se dirigiera a un público mayoritario, lo que modificó los atributos tradicionales de la prensa nacional, generando un proceso de concentración que acabó con el modelo de negocio de la prensa de provincias (Schneider, 2004: 195).

El periodismo británico de este periodo trajo consigo un desarrollo empresarial que se cimentaría en el periodo de entreguerras. El empobrecimiento exponencial del contenido fue producto de una competencia desaforada que requería una mayor tirada (Schneider, 2004: 196). Se logra que haya un menor número de cabeceras, lo que permite la consolidación de las cabeceras con mayor poder económico (Langa Nuño, 2010: 33). De lo que se sigue, según la autora, un cambio en las funciones que, hasta ese momento, eran mayoritarias en los periódicos: pasan a ser “correas de transmisión entre el poder y los ciudadanos [...], además de elementos de diversión y entretenimiento”. La semejanza al modelo sensacionalista norteamericano será cada vez mayor (Schneider, 2004: 196). Sin embargo, el nacimiento de medios como el cine y la radio supondrán nuevas alternativas a la hegemonía comunicativa que ostentaba la prensa (Langa Nuño, 2010: 33).

3. EL PERIODISMO CATÓLICO

Tras la descripción del contexto que rodeaba a la prensa británica de aquella época – coincidente con el auge y desarrollo de la producción literaria y periodística de Gilbert Keith Chesterton--, profundizaremos en el ámbito del periodismo católico. Chesterton, que tuvo en su fe al nudo gordiano que dotaba de sentido su vida y, por consiguiente, su obra, toma elementos del periodismo católico y se sirve de ellos a la hora de llevar a cabo su actividad periodística.

A este respecto partiremos de la noción de periodismo desglosada por el papa Benedicto XVI, que lo fundamenta en la búsqueda del conocimiento de la verdad, en la confianza de la existencia del bien y su extensión (Ratzinger, 1991: 287). Esta idea de la difusión del bien se puede sintetizar en el axioma atribuido al teólogo medieval Pseudo Dionisio (Hirschberger, 1979: 325): *“bonum est diffusivum sui”*. Es decir, el bien desencadena en su posesión la dinámica de su comunicación.

Para que este modelo periodístico se lleve a la práctica serán indispensables una serie de requerimientos esenciales, según el catedrático de Periodismo Gabriel Galdón: valor intrínseco del saber; de la persona; de una prudencia que trascienda el servicio a poderes políticos o económicos; y el valor de la libertad, cuya condición de posibilidad parte de la responsabilidad individual (Galdón, 2006: 11).

El quehacer del periodista católico parte de la visión de que la naturaleza de las cosas es creada por Dios. Sin esta condición, según el periodista Emilio Nazar Kasbo, no hay periodismo católico¹. Aprender a mirar desde esta perspectiva requiere una constitución previa de la identidad del comunicador. No existe una separación entre el comportamiento personal y profesional, cuyos actos y pensamientos beben de las enseñanzas de Jesús y del Evangelio (Galdón, 2006: 13). Esto no significa que el periodista tenga un único discurso

¹ Declaración extraída de: CanalTLV1. [CanalTLV1]. (2015, mayo 29). Desafíos para el periodista católico, hoy [Archivo de vídeo]. Recuperado de: https://www.youtube.com/watch?v=iX5el_Y4FyU

basado en estas ideas, según Jorge Traslosheros², investigador de la Universidad Nacional Autónoma de México, sino de que su percepción del periodismo tiene que ser cristiana.

Para un correcto desempeño de la labor periodística, resulta elemental adquirir lo que Gabriel Galdón denomina “sentidos del periodista” (Galdón, 2006: 14). En primer lugar, una apertura a la realidad carente de cualquier tipo de ‘a priori’ que la presente de manera esclerótica. Este elemento encuentra su eco en las declaraciones del papa Francisco a un grupo de estudiantes alemanes de Periodismo: “como periodistas miran a la gente y llaman injusticia a lo que es injusticia” (Ramos Díaz, 2018). En segundo lugar, “la capacidad de discernimiento”: lo falso de lo verdadero; lo importante o banal para la sociedad; lo comprobado de lo hipotético, entre otros. En tercer lugar, tener sentido crítico para establecer el reconocimiento de las fuentes, y una selección y jerarquización de los hechos. Y, en cuarto lugar, capacidad de síntesis y análisis en sentido histórico, es decir, contextualizar en el tiempo. Para ello se necesita documentación e investigación (Galdón, 2006: 14).

Los atributos expuestos con anterioridad no bastan para que el periodista domine esos saberes, puesto que también debe procurar la efectiva comunicación de los mismos. Y ahí entra en juego la retórica, de la que el periodista se sirve para “hacer verosímil lo verdadero [...], para hacer interesante lo importante y para hacer reflexionar a las personas que reciben la información sobre su importancia y significado para ellas y la sociedad” (Galdón, 2006: 15). A su vez, es complementario de las características propias de la información periodística: claridad, sencillez y precisión. Los fines a los que se prestan estas características tienen sentido teleológico, es decir, con base en unos fines, que serán “la contribución [...] a la libertad y solidaridad de la ciudadanía” (Galdón, 2006: 15). Una visión que entronca con el pensamiento del periodista Luka Brajnović, que entiende que toda información persigue el enriquecimiento moral y personal del ser humano (Brajnović, 1979: 117). Por último, dentro de este aspecto, la visión ética y de la persona que posea el profesional de la información resulta la más importante, puesto que se fundamenta en una concepción más

² Declaración extraída de: EL OBSERVADOR de la actualidad. [EL OBSERVADOR de la actualidad]. (2015, septiembre 17). *Mesa redonda: Periodismo Católico* [Archivo de vídeo]. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=VDqCEvFTtqo&list=FLxheQN9xT5xQfrFWl5Tn3sg&index=34&t=0s>

añin a la naturaleza y finalidades del ser humano, consolidada en y mediante un hábito (Galdón, 2006: 17).

3.1 La influencia del contexto actual en el periodismo católico

La profusión de medios electrónicos puestos a nuestro alcance en el contexto actual ha posibilitado que se despliegue un abanico de canales por los cuales podemos recibir información desde cualquier parte del mundo. Nos encontramos en la aldea global³, término acuñado por el sociólogo Marshall McLuhan, que incide en las consecuencias de la comunicación de información de manera inmediata y directa. Esta globalización ha propiciado que existan más medios de comunicación e información, pero también ha expuesto a los seres humanos a intereses ideológicos y comerciales (Juan Pablo II, 2000). El periodismo contemporáneo desempeña su función en un marco donde la premura y la así llamada actualidad privan de gran parte del significado a lo que sucede. El suceso sucede y no perdura. De manera que lo que Galdón denomina “hipermercado de la información” (Galdón, 2006: 43-44) desorienta y confunde a la persona.

El origen de esa corriente periodística procede del positivismo, que designa a aquellas “doctrinas filosóficas que se fundan en hechos o en realidades concretas o en realidades accesibles sólo a los órganos de los sentidos” (Ferrater Mora, 2015: 2853). De este modo se excluye la posibilidad de hallar verdades en aquello que no se pueda medir a través de procedimientos derivados de las ciencias experimentales. Esta visión del periodismo ha logrado que, por un lado, los hechos no digan nada por sí mismos, “pues no se explican conforme a razón”; y, por otro, que, al partir de una visión relativista, no exista una verdad frente a la cual medimos nuestro quehacer (Galdón, 2006: 44). En la actualidad, el periodismo hegemónico se opone a las “verdades fuertes como las del catolicismo”, en palabras del profesor de la Universidad Católica Argentina, Eduardo Allegrí⁴.

³ El término fue popularizado a lo largo de la década de los 60, siendo citado en las obras ‘La galaxia Gutenberg’ (1962) y ‘Comprensión de los medios’ (1964).

⁴ Extraído de: Canal TLV1. [CanalTLV1]. (2016, octubre 28). *Chesterton, escritor y periodista camino a la santificación* [Archivo de vídeo]. Recuperado de: https://www.youtube.com/watch?v=7awj_5ZheIc&t=533s

Bajo este paradigma, el periodismo contemporáneo se ha convertido, en su mayor parte, en un oficio al servicio del poder económico, predominante en nuestra época. Las grandes empresas de comunicación, bajo este contexto, conciben la información como mercancía, conscientes del poder de convicción que pueden tener a la hora de configurar la mentalidad de una sociedad. Así, el periodismo católico corre el riesgo de asumir una visión relativista, inherente a la modernidad, que impide el ejercicio de su labor con base en ideas y convicciones propias, así como en la divulgación de las mismas (Galdón, 2006: 45).

4. BIOGRAFÍA DE GILBERT KEITH CHESTERTON

Gilbert Keith Chesterton nació el 29 de mayo en 1874 en Campden Hill, Kensington, Londres, capital del entonces Imperio británico, y falleció en su domicilio, situado en Beaconsfield, el 14 de junio de 1936 a los 62 años debido a una insuficiencia cardíaca. Su bautismo tuvo lugar en la Iglesia anglicana de St. George. Su padre, Edward Chesterton y su madre, Marie Louise Grosjean, tuvieron dos hijos además de Gilbert: Beatrice, que falleció a los ocho años, y Cecil Edward, nació en noviembre de 1879 y falleció en 1918 al acabar la I Guerra Mundial en un hospital de campaña de Vimereux (Francia). Cuando su hermana falleció, Chesterton tenía tres años. Recordó aquel hecho en su *Autobiografía*: “Tuve una hermanita que murió cuando yo era niño y de la que sé muy poco porque era el único asunto del que mi padre no hablaba. Fue el gran dolor de una vida anormalmente feliz e incluso alegre, y es extraño pensar que yo nunca le hablara de ello hasta el día de su muerte” (Chesterton, 2003: 38).

En 1886, cuando Chesterton tenía doce años, finalizó su formación en Colet Court y pasó, al año siguiente, al colegio privado St. Paul School, ubicado en Hammersmith Road. Durante esta etapa escolar dio muestras de interés por el mundo periodístico: había colaborado en publicaciones e ingresó en la agrupación de debate *Junior Debating Club* (J.D.C.). En ella, sus fundadores —Lucian Oldershaw, que más tarde fue su cuñado, y el futuro periodista y novelista Edmund Clerihew Bentley—publicaron sus opiniones en una cabecera llamada *The Debater* (Gutiérrez, 2015: 61). Esa fue la primera ocasión en la que Chesterton publicó en prensa con un artículo que se llamaba *Dragons*.

Si tomamos la división de la vida intelectual de Chesterton que hace Salvador Antuñano Alea, distinguiremos dos partes: una etapa, correspondiente a su juventud, influenciada por la Modernidad y el pensamiento progresista; y otra contraria al pensamiento moderno, que entendía que no daba una respuesta precisa a cuestiones como el porqué de “la existencia del mal, el valor positivo de la realidad y la experiencia del amor” (Antuñano Alea, 2002: 54).

Esa primera etapa comienza en los debates organizados en el J.D.C., donde se trataban temas políticos. A medida que Chesterton y el resto de sus compañeros se hacían mayores, empezaron a construirse un pensamiento político, muy asociado al socialismo marxista. Como prueba de ello, el propio Chesterton escribió el poema “Canción del trabajador”, que envió al periódico *The Speaker* (Pearce, 1997: 39-40).

Durante los dos años en J.D.C, Chesterton deja una primera muestra de sus rasgos estilísticos en la escritura, que más tarde irá puliendo: una poderosa imaginación, que comprende un gran abanico de vocabulario; un discurso fluido que sorprendía a través de la contraposición de ideas —lo que podríamos llamar la génesis del uso de la paradoja como recurso literario— y el empleo de toques de humor con el objetivo de persuadir al lector (Seco, 2005: 47). En 1892 inició sus estudios superiores, vinculados al Arte y las lenguas, en la University College (Londres). Sin embargo, el carácter y la actitud de un joven Chesterton que se encontraba en un momento de dudas, tentaciones e introspección motivaron que abandonara prematuramente la universidad en 1895.

Sus inquietudes intelectuales durante la adolescencia le llevaron a pensamientos ligados con el progresismo y, llamativamente, a la práctica del ocultismo (espiritismo y ouija). Sus primeras andanzas laborales tuvieron mucho que ver con este aspecto. Trabajó en la oficina de un editor vinculado a la parapsicología, el ocultismo y la literatura teosófica⁵. Este periodo, que empieza tras la disgregación del *Junior Debating Club*, es descrito por Chesterton de la siguiente manera (2003: 89-103):

Lo que yo he llamado mi periodo de locura coincidió con una época en la que iba a la deriva, no hacía nada y era incapaz de concentrarme en un trabajo regular [...] Entre mis actividades de aquella época de dudas, me aficioné al espiritismo sin haber decidido siquiera ser espiritual. [...] Lo cierto es que descendí lo suficiente como para descubrir al demonio e incluso, de una forma oscura, para reconocer al demonio.

⁵ En su tradición, la teosofía se refiere a “una sabiduría que proviene directamente de Dios [...] toma los materiales de las experiencias que ciertos hombres ‘privilegiados’ pueden llegar a tener con sus solas fuerzas naturales, mediante procesos misteriosos” (Pastorino, 2016).

Nunca, por lo menos, ni siquiera en esta primera etapa confusa y escéptica, me abandoné totalmente a las ideas del momento sobre la relatividad del mal o la irrealidad del pecado.

La literatura romántica fue una de las vías por las cuales Chesterton pudo superar este momento de su vida. Tanto Dickens como Stevenson —a los que se debe sumar Walter Whitman— fueron grandes influencias durante su juventud. Chesterton comienza a percibir la realidad como un milagro diario, detrás del cual se ocultaba —o, paradójicamente, se manifestaba— Dios (Seco, 2006: 78). En definitiva, cobra conciencia de uno de los mandamientos filosóficos fundamentales: la capacidad de asombro ante lo que le rodea. De nuevo, vemos aquí otra paradoja: la superación de una crisis vital a través del pensamiento católico sin ser aún católico, ya que su conversión se dio dos décadas más tarde. No obstante, a los veinte años empieza a configurar una filosofía religiosa a partir de la razón y el sentido común (Seco, 2006: 180), de manera que su conversión no se dio porque asumiera por verdadero el dogma católico, sino porque quien dice esa Verdad, a su entender, es la propia Iglesia católica. El hecho de ponerse en camino de ser un hijo de su tiempo le hizo conocer mejor el contexto que le tocó habitar, su pensamiento, de manera que le permitió combatirlo con conocimiento de causa (Antuñano Alea, 2013: 92).

Dos años después de abandonar la facultad, en 1896, Chesterton conoce a la que será su mujer, Frances Blogg —el apellido fue anglicanizado, puesto que procedía de familia francesa—. Blogg profesaba la religión cristiana anglocatólica y tenía un carácter reservado y talento literario, que le llevó incluso a obtener un premio por una tonada navideña publicada posteriormente un libro de villancicos en Oxford (Vera, 2017: 242). En 1901 contrajeron matrimonio en la iglesia de Kensington el 28 de junio y tres años después, a causa de los problemas físicos de Chesterton provocados por el ritmo de vida que llevaba en Fleet Street, se mudaron a Beaconsfield, a 40 kilómetros de Londres.

Tras un breve periodo trabajando en la editorial Redway's, Chesterton obtuvo un empleo en la editorial T. Fisher Unwin, que abandonaría cuando obtuvo ingresos suficientes a través de su labor periodística. Empezó a escribir reseñas en *Bookman*, y artículos para medios como el *Daily News*, el *Speaker* o el *Daily Herald*. Como colaborador de estos medios, vivió en primera

persona el cambio hacia un modelo de negocio periodístico que pasaba de la prensa independiente al monopolio, que tenía más presente a la publicidad y que se vio afectada por el progreso de la maquinaria a la hora de producir ejemplares (Seco, 2006: 163). En 1903 protagonizó debates en prensa sobre determinismo⁶, cristianismo y libre albedrío con el periodista y activista socialista Robert Blatchford. También ese mismo año publicó una biografía sobre el poeta Robert Browning, siendo la primera de una serie que comprenderá a figuras como los escritores Charles Dickens, Robert Louis Stevenson y San Francisco de Asís y Santo Tomás de Aquino, entre otros (Nigro, 2007: 205).

A lo largo de su trayectoria profesional entabló amistad con literatos, historiadores y pensadores de distintas corrientes. Entre ellos se encuentran nombres como el sacerdote Conrad Noel –gracias al cual los hermanos Chesterton comenzaron a interesarse en la teoría de la Iglesia (Pearce, 1998: 98) –, el novelista Arthur Machen, el poeta y dramaturgo William Butler Yeats, el escritor y pensador H. G. Wells o Thomas Stearns Eliot, más conocido como T. S. Eliot, dramaturgo y crítico literario. Sin embargo, vale la pena mencionar dos nombres con los que su relación fue particularmente estrecha en el ámbito personal e intelectual. El primero de ellos es el dramaturgo, crítico y socialista George Bernard Shaw, con quien mantuvo numerosos debates públicos y de quien escribió una biografía. Sus encuentros dieron lugar a un libro titulado *¿Estamos de acuerdo?* Y el segundo fue el escritor Hilaire Belloc, con quien mantenía más similitudes ideológicas y políticas. El propio Bernard Shaw definió al dúo con el sobrenombre “Chesterbelloc”. Ambos se nutrían mutuamente de conocimientos: Chesterton aportó a Belloc conocimientos de filosofía; y Belloc otorgó a Chesterton una base de la Historia, sin la cual no habría podido comprender tan ampliamente la trayectoria de Inglaterra (Pearce, 1997: 90).

En 1908 ya era un autor reconocido puesto que había publicado varias de sus obras esenciales: la novela *El hombre que fue jueves* (1908) y los ensayos *Herejes* (1905) y *Ortodoxia* (1908). En estos dos últimos se rebela contra el pensamiento materialista, procedente de la

⁶ Chesterton llegó a reconocer que la cuestión sobre el determinismo provocó que buscara “un refugio espiritual que no fuera simplemente un refugio de locos” (Chesterton, 2003: 205).

Ilustración, y evolucionista. Posteriormente publicará otro de sus grandes ensayos titulado *Lo que está mal en el mundo* (1910), una obra puramente política en la que defiende la distribución propiedad privada como garantía de libertad para la persona frente al capitalismo y al socialismo –el embrión del pensamiento Distributista⁷--, y presenta a la familia como única fuente de libertad y felicidad (Seco, 2006: 192).

Tres años después nace el diario *Eye-Witness*, dirigido por Hilaire Belloc y codirigido por su hermano Cecil, que posteriormente pasaría a ser el director, mientras que Chesterton colaboraba con un artículo semanal. Con la publicación pretendían hacer un seguimiento de la actualidad política, una vigilancia exhaustiva de las maniobras partidistas, anteponer los intereses del pueblo británico a los de los poderosos y combatir cualquier forma de corrupción (Seco, 2006: 198). Gracias al influjo de Belloc y su hermano, Chesterton dotó a sus artículos de un compromiso político latente, escritos con un estilo más prosaico y retórico que los anteriores. En ellos criticaba que el Parlamento y el sistema de partidos ingleses trabajaban para el beneficio de una casta política, lo que suponía un defecto en la raíz misma de la democracia (Pearce, 1997: 231).

Un año después este medio cambia su nombre a *The New Witness*, que pasó a la historia tras destapar el escándalo Marconi, una trama de corrupción publicada por Cecil Chesterton según la cual Godfrey Isaacs, director de *Marconi Company*, usó información interna para hacer negocio con sus acciones. El escándalo involucraba a Rufus Isaacs, Fiscal General del Estado y hermano de Godfrey, y al ministro de Hacienda Lloyd George. El caso se resolvió con una multa de 100 libras que abonó Cecil tras ser denunciado por difamar a Geoffrey Isaacs (Pearce, 1997: 241). Tras la muerte de Cecil en 1918, el propio Chesterton asumió la dirección hasta el cierre en mayo de 1923. Entretanto, Chesterton compaginó su labor como director con viajes a Irlanda, Palestina, Estados Unidos, Canadá, Holanda, Polonia, y más tarde Francia, que dieron lugar a sus libros de viajes (Nigro, 2007: 205). El medio volvería a

⁷ El Distributismo es una doctrina social de la Iglesia católica que defiende “la difusión de la propiedad [...]. Este movimiento social también postulaba la organización cooperativa de los trabajadores. Su referente descansaría sobre los gremios, comunidades orgánicas, solidarias y autosuficientes, lejos de la lógica atomizadora, individualista y disgregadora del capitalismo” (Vera, 2017: 365).

la actividad en marzo de 1925, bajo el nombre de *G. K's Weekly*, que no cambió hasta 1936 – año de la muerte de Chesterton--. Como director, Chesterton usó la cabecera para publicar por entregas su novela *El regreso de Don Quijote*, en 1926, y para mantener el espíritu combativo contra la plutocracia –recuperando el espíritu del medio en sus inicios--. Sus editoriales pro distributistas favorecieron la aparición de la Liga Distributista, fundada por Belloc y él mismo, que fue ganando adeptos gracias a la difusión provocada por el descenso del precio de 6 a 2 peniques, lo que ocasionó un aumento de 5.000 a 8.000 ejemplares. A pesar de ello, la Liga se disgregó por tensiones internas (Pearce, 1997: 410). Finalmente, fueron Belloc y su yerno, Reginald Webb, quienes dirigieron el periódico, ya con el nombre de *The Weekly Standard*, hasta su desaparición en 1945.

Los años de vértigo en la vida de Chesterton arrancaron a partir del estallido de la I Guerra Mundial, donde pierde a su hermano Cecil y a varios amigos. Una vez establecida la supuesta paz con la firma del Pacto de Versalles, desde *The New Witness*, Chesterton sigue defendiendo la lucha contra la corrupción y la defensa de la pequeña propiedad, que serán las bases que dieron pie a su ensayo *La utopía capitalista* (1917). La guerra no fue el único motivo de desgracia para Chesterton en este tiempo. A la pérdida de su hermano hay que sumar la de su padre en 1921 y la triste noticia de que Frances padeció una dolencia en los huesos que le impidió tener hijos. A pesar de ello, llama la atención que en un periodo tan duro de su vida tome la decisión más trascendental: su conversión al catolicismo en 1922. La resolución fue tardía, ya que Chesterton barruntaba desde hace años su vinculación con el catolicismo romano, prueba de ello son los intercambios de correspondencia que mantuvo con el novelista Maurice Baring y el teólogo Ronald Knox (Pearce, 1997: 327-340). Ese mismo año fue recibido por los padres Ignatius Rice y John O' Connor –se inspiró en este último para crear al personaje de Padre Brown (Chesterton, 2003: 369) -- en el Railway Hotel de Beaconsfield. También asumió los sacramentos del bautismo y la confirmación. Después su mujer le acompañará en la conversión a la fe católica. Ambos, procedentes de la fe anglicana, retrasaron esta decisión por motivos personales ya que, en la Inglaterra de aquel entonces, la conversión al catolicismo romano se concebía como una acción antipatriótica (Plaza Bravo, 2016: 30).

Con *El hombre eterno* (1925), Chesterton publicó su gran obra de la década de los años veinte. Se trata también del primer ensayo desde su conversión, fruto de la reflexión y la madurez. En él, abarca la historia de la humanidad desde el origen de los primeros *sapiens* hasta el advenimiento de Cristo. Incluye todas sus facetas esenciales: la del polemista, la del periodista, la del poeta y la del filósofo (Seco, 2006: 286). Supuso un contrapunto a la obra *Bosquejo de la historia*, de su colega H. G. Wells (1920), puesto que debate sus tesis acerca de la idea de progreso, vinculada a los avances tecnológicos, producto de la Modernidad. Esta crítica al Modernismo se reproducirá en nuevas recopilaciones de artículos como *Confesiones y negaciones* (1934), resultado de su colaboración en *Illustrated London News*. Aquí, como en *El hombre eterno*, abordó los temas desde un afán de provocación paradójica (Pearce, 1997: 482).

Un año después, en 1926, conocería a la que podríamos afirmar que fue la otra mujer de su vida: Dorothy Collins, exsecretaria contable en el *Educational Training College* de Lincoln. Primero fue su secretaria personal; luego pasó a ser la hija adoptiva del matrimonio. También Dorothy se convirtió, en 1931, al cristianismo. Su labor permitió aliviar la carga de trabajo de Chesterton: organizaba su agenda, transcribía sus obras o artículos según su dictado e incluso le llevaba en coche a cualquier lugar donde Chesterton tuviera que dar una conferencia. Y, junto a su mujer Frances, se encargó de cuidarle en un momento en el que ya se encontraba muy mermado física y psicológicamente, a partir de la década de los 30 (Mackey, 2015: 34). Pese a ello, mantuvo algunas colaboraciones e incluso amplió su espectro hasta el medio radiofónico. La BBC, en octubre de 1933, le concede el programa *Algunos personajes históricos famosos*, donde reseñaba entre cuatro y diez libros, lo cual le dio un reconocimiento mayor que el que había conseguido con sus obras (Pearce, 1997: 516-517). Entretanto, acabó su *Autobiografía* (1936) en el despacho de su casa de Top Meadow, que sirvió como particular despedida.

Chesterton falleció a causa de una insuficiencia respiratoria el 14 de junio de 1936, a la edad de 62 años, en su casa de Beaconsfield. Sus últimas palabras han sido recogidas en la biografía que realizó el escritor británico Joseph Pearce (1997: 597-598).

‘Hola, cariño’. Luego, dándose cuenta de que Dorothy también estaba en el cuarto, añadió: ‘Hola, querida’ [...] Sus palabras fueron sumamente apropiadas; en primer

lugar, porque estaban dirigidas a las dos personas más importantes de su vida: su mujer y su hija adoptiva; y, en segundo lugar, porque eran palabras de saludo y no de despedida, significaban un comienzo y no el final de su relación.

Al día siguiente, tuvo lugar el funeral en la Catedral de Westminster, en una misa oficiada por Monseñor Ronald Knox. A su muerte, el Papa Pío XI le condecoró con el título de Defensor de la Fe Católica (La Gaceta, 2016).

5. ESTILO CHESTERTONIANO

Tras haber expuesto en el apartado anterior algunas pinceladas sobre la escritura de Chesterton, en éste se desarrollarán de una manera más general las principales características de su estilo periodístico, que nos servirán posteriormente como punto de partida para el análisis de los ensayos seleccionados. Estos elementos estilísticos se relacionan, igualmente, con los descritos en el segundo apartado, en el que tratamos los rasgos definatorios del periodismo católico.

El planteamiento se divide en dos epígrafes que servirán para exponer las facetas básicas del estilo chestertoniano. Por un lado, el primero hará referencia al tipo de periodismo que practicó el autor, alejado de la concepción técnica que tiene dicha disciplina hoy día; la defensa del modo de vida de la persona común que, a su entender, se ve amenazado por el capitalismo; la defensa de la patria y la tradición, y el valor de su fe religiosa. Y, por otro lado, el segundo epígrafe muestra los rasgos puramente literarios, de acuerdo con lo establecido por el historiador francés Hilaire Belloc en su ensayo *“El lugar de Chesterton en las letras inglesas”* y las vías por las que Chesterton argumentaba, valiéndose de elementos filosóficos como la reducción al absurdo entre otros.

5.1 Estilo intelectual, ideológico y social.

En primer lugar, cabe situar a Chesterton en su contexto, una vez más. Como periodista, realizó su actividad en un momento en el que el periodismo no era una práctica tan técnica como lo es en la actualidad. Su periodismo no distinguía entre hechos y opiniones, tampoco elaboraba sus publicaciones tratando de responder las cinco cuestiones principales (qué, quién, cómo, cuándo y dónde), ni siquiera en las biografías que publicó que, a priori, podrían requerir una mayor presencia de datos (Carreras, 2013: 5).

A lo largo de su trayectoria, Chesterton abogó --respaldado por sus ideas distributistas-- por la defensa de los intereses de la persona y de su libertad, que era indisoluble del derecho a la distribución y posesión de la tierra y los bienes frente a la avaricia de los capitalistas. En definitiva, Chesterton no entendía la libertad civil sin una independencia económica previa

del trabajador con respecto al terrateniente, al gran empresario. La propiedad y la libertad son elementos muy relacionados en su pensamiento: quien tiene propiedad encuentra un reducto de libertad, es señor de sí mismo y, por tanto, deja de ser esclavo. La concepción que tiene de la propiedad choca con la del capitalista, que no concibe la unión espiritual entre el propietario y su propiedad; sino que la entiende como un vínculo puramente comercial (Romero-Wenz, 2019: 161-162). Por ello criticará al monopolio, emergente en el momento en que ejercía como periodista. Para Chesterton, el monopolio es un producto del avance capitalista y contrario en esencia a la noción de empresa privada. Más todavía, el monopolio existe para evitar que haya empresa privada, tal y como defendió en su ensayo *“Los límites de la cordura: el distributismo y la cuestión social”* (2011: 18). Por lo tanto, el interés por la persona a través de la propiedad le dotó de universalidad, precisamente por entender al ciudadano común inglés (Belloc, 1940: 32-34).

Hay dos elementos de su pensamiento que suelen entenderse de manera equivocada y condicionan la aproximación a nuestro autor. El primero es el nacionalismo, ya que Chesterton lo expresa como amor verdadero a su patria y al individuo común, sencillo, que contraponía con el plutócrata o capitalista. Por ello –y observamos aquí el segundo elemento– procuró la defensa de la Tradición social y nacional (Belloc, 1940: 14). Cabe detenerse a precisar este concepto a partir de su etimología. “Tradición” procede del latín *traditio*, que significa “acción de entregar, de transmitir, entrega” (Diccionario Ilustrado Latino-español, 2013: 515). Chesterton defiende la transmisión y mantenimiento de componentes morales y culturales a través de las sucesivas generaciones. En este sentido, se le puede considerar como una persona conservadora.

Su amor por la patria inglesa se reflejó en el tratamiento de los problemas sociales y humanos mediante una visión sociológica, antropológica y psicológica. Dichas concepciones tienen carácter utilitario, es decir, Chesterton las emplea con fines prácticos: hacer que la persona piense, razone y actúe de manera organizada (de Pablos, 2015: 228-229).

A esas concepciones sobre la patria y el ser humano le sigue una visión de la Historia. Como decía su gran amigo Hilaire Belloc (1940: 23) todo hombre interesado en influir en la vida pública debería dominar dos actividades: la Historia –cuyo interés nació gracias a Belloc-- y

la Literatura. Chesterton lo hizo combinándolo con altas dosis de Filosofía, que daba profundidad y solidez al razonamiento. Su finura para interpretar los signos de los tiempos (de Pablos, 2015: 222), que le permitió hacer un análisis preciso de su época y su país, hace que muchas de sus opiniones tengan vigencia en la actualidad.

Por otro lado, Chesterton era, ante todo, católico. Su asunción de la fe no sólo le permitió abordar los temas que trataba a partir de una mirada cristiana, sino que también determinó la manera de afrontar los debates con sus contemporáneos: totalmente alejada de la tesis, antítesis, síntesis hegeliana y apoyada en una síntesis dialógica, que se fundamenta en el diálogo, comprensión y contrargumentación de la visión del adversario (Belloc, 1940: 13). En este aspecto, entronca con la tradición dialéctica humanística, que la entendía como una vía de argumentación para sustentar o contradecir un tema dado. Para esta tradición dialéctica, eran necesarios dos elementos: gramática y retórica. La primera, para expresar correctamente los argumentos. Y la segunda, para que la expresión de los mismos sea bella (Mañas Núñez, 1997: 275-276). Con su estilo, Chesterton se sirvió de la polémica a lo largo de su trayectoria periodística.

5.2 Estilo literario

Chesterton hacía hincapié en sus artículos que el periodismo hegemónico durante primer tercio del siglo XX tenía una carencia esencial: la falta de argumentos en sus opiniones. A este respecto escribe: “No hay cualidad más curiosa en su degradación que un tipo de descuido, por la prisa y la fatiga, con el que muestra sus argumentos o su negativa a argumentar. Ni siquiera escribe sofismas, escribe cualquier cosa. No intenta envenenar la mente del lector, sino que da por hecho que no la tiene” (2013: 95). No obstante, él era dado a usar una amplia gama de recursos argumentativos. En sus textos puede verse el uso constante de ejemplos –que abarcan desde hechos verídicos a anécdotas, narraciones literarias o imágenes- para dar pie a exponer sentencias, otorgándoles en algunos casos el estatuto de hecho, y lograr una comunión con el lector desde el principio del texto, de manera que el resto de argumentaciones pudiesen ser defendidas con mayor facilidad. Otro recurso, fundamental en toda su producción literaria (Ramos Vera, 2017), fue el humor, entremezclado con dosis de sátira e ironía para contemplar aspectos ridículos de la realidad

y, además, recapacitar e interpelar a la reflexión del lector. Esto se ve patente en preguntas retóricas que habituaba a exponer a sus lectores para demostrar un hecho absurdo, de modo que le sirviera para revalidar su discurso.

En lo absurdo encontraba un método para argumentar: el *reductio ab absurdum*. Característico de la Filosofía, su procedimiento consiste en refutar una tesis extrayendo de ella una implicación absurda. El método a veces implica dar por sentada una tesis para mostrar después que, efectivamente, deriva en una consecuencia absurda (Arroyo, 2011: 1). Chesterton usa este recurso en varios apartados de los artículos extraídos para el presente trabajo, como en los artículos “Liberalismo: una muestra” “La fatiga de Fleet Street” y “La tiranía del mal periodismo”. A este respecto, el tipo de reducción apriorística que consiste en exponer una proposición que contradice una afirmación evidente (Arroyo, 2011: 2).

Además de estos recursos argumentativos, siguiendo las directrices marcadas por Belloc en su texto *El lugar de Chesterton en las letras inglesas* (1940: 14-20), se pueden establecer unos criterios muy claros sobre el estilo literario de nuestro autor. En primer lugar, el uso de la paradoja o la contradicción (aparente) de ideas es un elemento central en su exposición de un tema o argumento con el fin, dice Belloc (1940: 14), de iluminar al lector aspectos inefables y para llegar al fondo de los argumentos y comportamientos, mostrando los errores que, según Chesterton, nos mantienen alejados de la sensatez.

Para lograr la adhesión del lector a sus ideas se valía de hechos relativos a experiencia común de los humanos, como abordar temas profundos a partir de sucesos cotidianos y de pequeños e imperceptibles aspectos. Dichas exposiciones pueden, en un momento dado, estar compuestas por oraciones cuyo sentido formal puede verse alterado por el empleo de retruécanos (1940: 16). Si se siguen desgranando sus métodos para la argumentación, encontramos en el paralelismo o símil (1940: 19-20) un arma recurrente a la hora de sustentarla. Mediante la comparación, llevada un tanto al extremo en algunas ocasiones, logra desnudar el argumento y poner de manifiesto la inviabilidad del mismo.

Por último, otros atributos que definen su estilo literario es lo que se ha entendido por capacidad de “localización” (1940: 16), es decir, Chesterton se suma a la tradición de

escritores que optan por resaltar y hablar sobre lo concreto, evitando caer en la abstracción. Es un autor que no solo habla de ideas, sino que aporta hechos o apreciaciones. Para ello, el uso de la metáfora (1940: 20) es un vehículo fundamental cuando no quiere denotar literalmente un concepto o idea ya de sobra conocido en el imaginario del lector.

6. ANÁLISIS DE LOS TEXTOS PROPUESTOS

Después de haber expuesto los rasgos del estilo chesteroniano a nivel literario, intelectual e ideológico, en este apartado se realizará la exposición de los cuatro textos seleccionados como muestra. Se analizarán las ideas expresadas por Chesterton sobre el periodismo, así como el modo en el que lo hará, teniendo en cuenta aquellos aspectos que se identifiquen como rasgos de su estilo.

El primero de los ensayos es (1) “Las letras y los nuevos laureados”, donde critica que el periodista se preste a ensalzar las virtudes de la figura del capitalista. En (2) “Liberalismo: una muestra”, Chesterton incide en la bajeza intelectual y en la falta de honestidad exponencial del periodismo liberal. (3) “La fatiga de Fleet Street” es un texto en el que disecciona el método de redacción del periodismo partidista y expone el modo en que el capitalismo condiciona la labor periodística. Por último, en (4) “La tiranía del mal periodismo” ataca a los “periódicos millonarios”, que Chesterton tacha de “vulgares y estúpidos” por el simple hecho de que sus poderosos dueños lo son (2013: 160). La tendencia al monopolio por parte de estos periódicos hace que consigan controlar los canales por los que la información llega al ciudadano, haciéndolos “estrechos y seleccionados” (2013: 162).

6.1 Primer ensayo: “Letras y los nuevos laureados”

En este ensayo, Chesterton realiza una crítica a la parte del periodismo que se dedica a ensalzar, a través de artículos, habilidades o rasgos comunes de las personas en beneficio de la figura del capitalista. Su origen, apunta, sucede en el momento en que se produce una pérdida de la mirada poliédrica de la realidad por parte de la sociedad inglesa, una realidad “aristocrática” en sentido metafórico, puesto que en el centro de grandes cuestiones socio-políticas está una persona y se ignoran otras circunstancias que la rodean. Pone como ejemplo a la asociación entre la idea del autogobierno con el largo mandato de William E. Gladstone como Primer Ministro de 1868 a 1894, y los hechos de la guerra Boer, ambos constatables por sus lectores. Con base en estos ejemplos subraya, dando la categoría de hecho, que “a todo liderazgo político [...] le entra el aislamiento del poder y se convierte en una pequeña

aristocracia” (Chesterton, 2013: 28). A partir de la aceptación de esa premisa, le resulta más fácil defender argumentativamente el resto, que respaldará con nuevos ejemplos.

Más adelante, se sirve de esa afirmación para apoyar una nueva analogía: destacar las personalidades por encima de los hechos que le rodean también se da en el periodismo, aunque de manera particular. De nuevo, a la afirmación le sigue un ejemplo que la apoya: la mezcla de intereses del ex primer ministro W. E. Gladstone con el comerciante de vinos, Sir Walter Gilbey. Pese a las corruptelas, la figura del político se mantuvo intacta y sus ayudas financieras se ignoraban. A partir de este hecho, Chesterton lanza una serie de hipótesis para provocar el rechazo de la audiencia. Así, se asegura que el lector, presumiblemente, respalde su postura gracias a la equivalencia analógica que establece después.

Chesterton comienza describiendo una percepción social, que tiene que ver con que el capitalista tiene un papel cada vez más principal dentro de la sociedad gracias a las publicaciones de algunos periodistas a sueldo de dichos millonarios. El autor eleva irónicamente estos textos a la categoría de nuevo modelo de artículo dada la producción y difusión de los mismos. Éstos presentan, ante la opinión pública y publicada, al gran empresario como un rey, en términos simbólicos. Con conceptos como “cerebro férreo”, “corazón dorado e insondable”, “estoicismo simple” o “encanto místico” (Chesterton, 2013: 31), cercanos a la forma literaria de la sinestesia y que atribuye mediante los adjetivos cualidades que no son propias de los sustantivos, el autor ejemplifica cómo se exageran las bondades de los poderosos, sin descartar que estos pudieran tenerlas. Acto seguido, toma como referencia un artículo del periodista Tomas de Paor O’Connor, del que extrae apartados escritos “incidentalmente” y que tratan la “bella alma” de los empresarios del tabaco Samuel Gluckstein y Barret Salmon. En este caso, se vale de la ironía y la metáfora para mostrar su desacuerdo con lo escrito, no con el escritor, al que considera aún un “hombre de letras” (2013: 31).

A continuación, establece una clara diferencia entre las cualidades morales habituales entre el común de los mortales y el engrandecimiento de dichos atributos, a través de lugares comunes o aspectos manidos --el corazón, la mente o la simpatía, citados anteriormente--, con la siguiente comparación: “Cualquier hombre puede ser alabado, y con razón. Solo con

alzarse sobre dos piernas ya hace algo que una vaca nunca podrá hacer. Si un hombre rico logra sostenerse sobre dos patas por un tiempo razonable, se le llama autocontrol” (Chesterton, 2013: 32). Esta afirmación satírica, que sintetiza a la perfección el tema principal del ensayo, también está llena de exageración, pero con el fin de establecer una crítica social. Lleva la comparación hasta el ridículo para hacer ver al lector la insensatez de esta práctica.

La conclusión sigue una línea patriótica en el sentido chestertoniano de predilección por el ciudadano común de su país. Cierra aseverando que esas cualidades que aluden a la inteligencia y a la bondad (cerebro férreo y corazón dorado) se pueden encontrar en “el cartero o taxista más cercano”. Además, se vale de otra consideración de la misma índole con el objetivo de hacer un llamamiento a la reflexión ante el riesgo de que haya cada vez más trabajadores de la palabra que decidan convertirse en lo que denomina “poetas de la corte”, que es un concepto metafórico del que se sirve para denominar a esos hombres de letras subordinados a las clases dominantes, que hacen de su producción literaria un compendio de alabanzas –sistémicas y sistemáticas—con el fin de aupar a estos nuevos monarcas que no poseen vínculo sacro con Gran Bretaña ni mediante juramento ni mediante liderazgo en la batalla (Chesterton, 2013: 32).

6.2 Segundo ensayo: “Liberalismo: una muestra”

Al comienzo del texto, Chesterton alardea de su conocimiento literario con la referencia a la novela *Martin Chuzzlewit*, de Charles Dickens. Parte de la experiencia de uno de sus personajes, Tom Pinch, y del sentimiento de idolatría que este tenía de otro protagonista, el señor Pecksniff, que, tras haberse comprobado que la leyenda sobre él era falsa, pierde dicho sentimiento, pero no guarda el coraje suficiente como para hablar mal de él. A partir de este ejemplo establece la analogía con el periodismo liberal; aunque este, a diferencia del personaje dickensiano, hubo una vez en que fue honesto. Por ello, el autor se siente desengañado como Pinch, pero con el deber de pronunciarse contra algo que en su día respetó. Explica, mediante el retruécano, que se siente “dispuesto [...] a adorar lo que he quemado; pero [...] poco inclinado, hasta la debilidad, a quemar lo adorado”. Pero esto es algo urgente en unos tiempos en los que “hay mucho que hacer y pocos que lo hagan” (Chesterton, 2013: 94).

A partir aquí, Chesterton apunta al caso concreto: el periodismo liberal y su decadencia, precedida de un “derrumbe moral” y “mental” (Chesterton, 2013: 94). Este modelo, a su juicio, ha pasado de ser respetado a convertirse en la correa transmisora del poder. “Considera las soluciones que imagina que quieren los ricos y las señala de la forma habitual, que no es levantando la mano, sino cayendo de cara” (Chesterton, 2013: 94). “Cayendo de cara”: con esta poderosa imagen metafórica expresa la labor informativa de estos periódicos, ya reducida a una persuasión vacua y carente de cualquier tipo de voluntad a la hora de argumentar.

Toma como ejemplo el caso de un artículo que menciona un suceso protagonizado por el banquero y político liberal Sir Stuart Samuel, multado por corrupción. En él se mencionaba que el hecho de que Samuel pagase la multa acarrearía “sorpresa general y algo de indignación” y que “el castigo debe pesar sobre la comunidad” (Chesterton, 2013: 95). Realiza una caricatura satírica del modo en que el autor expresa estas ideas: “con el pescuezo cada vez más fuera del cuello de su camisa y su pelo levantado cada vez más de su cabellera [...] asemejándose cada vez más al original de Dickens” (2013: 95). Hace de su hipotético aspecto físico una analogía de su artículo, tanto en forma como en contenido. Así, para Chesterton solo hay dos interpretaciones posibles del caso Stuart Samuel: o el periodista quiere dar a entender que la multa la debe pagar el contribuyente, o el órgano representativo de la sociedad, esto es, el parlamento, debe juzgarle, algo que entrevé improbable dada la escasa credibilidad que el autor otorga a dicha institución. Reduce al absurdo la interpretación literal del artículo, de manera que anula la exposición del articulista y encauza al lector a un preacuerdo con su postura, que procurará asentar con base en afirmaciones posteriores.

Para culminar esta cartografía del declive liberal, cuenta que, en un tiempo hipotético, “antes de que muriesen todos los liberales” (2013: 96) hubo una ocasión en la que -precisamente un liberal- impulsó una ley para evitar la entrada en el Parlamento de políticos con intereses en las finanzas. La medida consistiría en poner los medios para que el ciudadano pudiera protestar por posibles corruptelas ante el órgano público. Recibiría el nombre de Informante Común. Chesterton presupone que los “miserables periódicos partidistas” (2013: 96) tratarán de denigrar ese concepto, reduciéndolo al lenguaje de todos los días. Primero contrapone el adjetivo “común” en “informante” a su significado en sustantivos como “Cámara” o

“sentido”, aunque la centra más bien en el órgano público —o más exactamente en sus representantes—, donde sí entiende como exacta la acepción de común que está más cercana a lo vulgar o a lo simple en el peor de los sentidos. Por otro lado, al desgranar el término “informante” opone la labor informativa del ciudadano con la del periodista, quien tendría que ser el responsable principal en estos casos. Para Chesterton, la triste diferencia está en que el ciudadano tiene la libertad de poder trasladar su queja ante la Cámara, pero el periodista eso ya lo ha perdido al estar condicionado por poderes económicos que le impiden decir la verdad. Y los contrapone con ironía: “Al informante común se le puede pagar si dice la verdad. El periodista común puede arruinarse si lo hace” (2013: 97). Este contraste en los supuestos sirve para resaltar lo que considera el verdadero significado de los conceptos, y cuya efectiva puesta en escena en la realidad no tiene lugar.

Por último, critica al periodista de partido y a su trabajo, tremendamente condicionado por estar entregado a unos intereses. Para ello, le sitúa en la coyuntura de querer informar de un caso de corrupción del Gobierno que, posteriormente, tendría que ser juzgado por el parlamento. En ese supuesto, el autor induce al ridículo la posición del periodista a través de un falso silogismo: “decir que no hay tal cosa como un gobierno corrupto. O quiere decir que una de las cualidades características de un gobierno es la de denunciar su propia corrupción” (2013: 97). Deja en evidencia la inutilidad del periodismo bajo ciertas condiciones económicas, sobre todo en momentos donde sería imprescindible su efectivo desempeño.

6.3 Tercer ensayo: “La fatiga de Fleet Street”

Chesterton continúa en su crítica al periodismo de partido, tratando de dar respuesta a la pregunta con la que empieza el escrito: “¿Por qué es tan malo el periodismo partidista?” (2013: 99). Para ello, arranca a partir de los dos elementos fundamentales del periodismo: la imagen y el texto, que conducirán a la conclusión en la que expone la respuesta a la cuestión. La imagen, porque un determinado enfoque puede alterar la visión del contexto en que fue tomada. Por ejemplo, ante un buen discurso, si se fotografía al político en un determinado momento, puede resultar una imagen que no esté a la altura de las palabras pronunciadas. No los acusa directamente de mentirosos, puesto que tampoco sería exacto. Su práctica se

corresponde más con la siguiente paradoja: aportar la suficiente verdad para que la verdad en su plenitud no se produzca. Este es el primero de los “errores favoritos” (2013: 100), continúa con la paradoja, del periodismo de partido, de “peculiar torpeza” y “extraña ineptitud” (2013: 99).

Otro de esos errores lo hace evidente al revisar los errores expositivos y argumentativos de los periodistas en “el paso repentino de lo sublime a lo ridículo y trivial”. Antes de exponer cualquier ejemplo a este respecto, da por hecho que lo que dicen es absurdo por lo que el elogio previo, acompañado por una atmósfera épica, queda invalidado por sí mismo. Más adelante, Chesterton muestra esta tendencia valiéndose de la ironía como medio para conducirla a lo ridículo. Emplea este recurso tomando previamente como ejemplo un párrafo publicado en la prensa, a partir del cual elaborará otros tres de cosecha propia, irónicos y muy similares al original, para vincular al lector con su postura.

Ahora bien, ¿por qué se ha llegado a degradar tanto la labor periodística? ¿Por qué los periodistas siguen escribiendo como si se tratara de presidiarios picando piedra? (Chesterton, 2013: 103) ¿Por qué, haciendo alusión a la pregunta con la empezaba el texto, el periodismo de partido es tan malo? Fundamentalmente, porque los periodistas, a su juicio, no saben hacer su trabajo. Esta hipótesis tan básica está acompañada de otra, pero de mayor calado intelectual: los periodistas están aburridos de sus propios artículos porque, según él, el periodismo no se hace por una institución que despierte respeto, entrega o dedicación en el ser humano (2013: 103-104). A este respecto, pone como ejemplo la monarquía, la democracia y hasta la aristocracia, por el hecho de que ha habido personas que, a lo largo de la historia, han entregado su vida por defenderlas. Por ello, sin entrar a valorar las instituciones antes citadas, el autor no ve posible que esa dedicación en el ejercicio profesional pueda realizarse bajo el capitalismo. Aquí ya anticipa la evolución de este sistema, que además de ser una forma de organizar la economía, configura un modo de vida desprovisto de la tradición y el arraigo a la patria -por eso nadie lo ha amado ni nadie ha dado la vida por él-, lo que genera una apatía cada vez mayor en muchos ámbitos, entre ellos, el del periodismo.

6.4 Cuarto ensayo: “La tiranía del mal periodismo”

En este último artículo, el autor ataca directamente a los plutócratas y a sus medios, que fueron adquiriendo mayor protagonismo a partir una ofensiva comercial que, a su juicio, ha constituido “un monopolio del mal periodismo”, como sucede dentro de ámbitos como el fútbol o la literatura (2013: 159). Mediante esta comparación afirma su idea antes de introducir a fondo su tesis.

El autor sitúa el nacimiento de ese tipo de periodismo a comienzos de siglo, justo cuando se produce el nacimiento de la prensa moderna en Gran Bretaña con la creación y adquisición de cabeceras por parte de las grandes fortunas. E identifica a estos propietarios como enemigos de la patria que, gracias al control mediático, ponen límites a lo que “esta gran nación” (refiriéndose, obviamente, a Gran Bretaña) tiene derecho a conocer o ignorar, tanto de sí misma como de otros países. En este sentido, el hecho de que exima de culpa al trabajador del medio, y señale directamente al propietario, resulta similar a la idea presentada en el final del ensayo “*La fatiga de Fleet Street*”: el mal periodismo no es malo porque tenga malos periodistas, sino porque fundamentalmente sus propietarios son millonarios sin ningún tipo de intención de que se haga buen periodismo.

Clama contra la adjetivación de la prensa (popular, amarilla, indecente...), puesto que desvía el objetivo del tema central: conocer las artes y las influencias de los millonarios que han visto en la prensa un nicho de mercado para obtener beneficios económicos. Toma una posible refutación a la idea del monopolio del mal periodismo, pero simplemente se vale de ella para persistir en que los canales de información periodística cada vez están más copados por un mal periodismo. Llama la atención ante la idea de asociar prensa “popular” con prensa banal o insustancial y, de manera soterrada, se perciba ese tipo de prensa como un elemento consustancial a la democracia⁸. Esta tentativa es simplemente desechada por Chesterton. La refuta a partir de un ejemplo: “la democracia no tiene más que ver con el periodismo que

⁸ A este respecto, cabe recordar que la idea de democracia que Chesterton defendía en su ensayo ‘Ortodoxia’ no tenía nada que ver con la democracia burguesa, sino con la democracia de los muertos (2013: 61), sustentada en la Tradición, en trasladar cuestiones de índole social a la consideración de los antepasados. No obstante, esta idea no contraviene el hecho de que Chesterton estuviera alerta ante los intentos de desacreditar la democracia.

con los títulos nobiliarios” (2013: 160). Y lo mismo sucede con los anuncios en las calles: se difunden en interés y beneficio de la clase alta; no del ciudadano. Tras este planteamiento, Chesterton lanza una serie de cuestiones retóricas al lector para lograr afinidad con su postura –método que volverá a usar unas líneas después-: “¿Has visto alguna vez a un hombre pobre y desaliñado dibujar [...] una imagen en la pared a favor del Jabón Sol simplemente como obra de amor?” (2013: 161).

Para contraargumentar la idea de que el monopolio periodístico se dedica a conceder la información que el público desea, Chesterton establece una comparación con un relato político, del que se desconoce si ha sucedido. En un tiempo pasado, del que el autor no da mayores detalles que señalar que en aquel entonces “los parlamentarios eran libres” (2013: 161), cuenta que se descubrió que había dos miembros de la cámara que tenían la legitimidad de vender toda la seda y todo el vino dulce. Imagina, con cierto sentido del humor, que ante la pregunta que otro parlamentario pronunció queriendo saber quién tenía el monopolio de la venta de pan, los legisladores le respondieran con sarcasmo que eso quedaría a juicio de las preferencias del comprador. En definitiva, su pretensión con dicha anécdota humorística es sentar las bases de su argumentación, mostrando al lector que es falso presuponer que el monopolio dé a la gente lo que quiere, sea el pan, el vino o la información. Si los canales están ocupados por un único propietario, no hay posibilidad de alternativa. Por desgracia, Chesterton prevé con lucidez que la información va camino de reducirse a mercancía con la que comerciar por unos canales que obedecen al dictado de grandes empresas. Esta anécdota le sirve como paralelo para explicar lo peligroso que es que los monopolios manejen la información que se da al público: la libertad no es que el público pueda escoger entre un conjunto grandes empresas que le van a dar, más o menos, información prefabricada, sino que la información aporte conocimiento cierto de la realidad al lector -idea que está más en consonancia con la concepción que tenía Chesterton del periodismo-. Para fundamentar este razonamiento se sirve de un argumento de autoridad citando a Georges-Jacques Danton, abogado y revolucionario francés, quien afirmó: “Después del pan, la necesidad de la gente es el conocimiento” (Chesterton, 2013: 162).

El periodismo de las élites no triunfa entre el pueblo, viene a afirmar Chesterton. Dicha sentencia se sustenta en una serie de preguntas retóricas, similares a las vistas en páginas

anteriores, que lanza al lector: “¿Has oído a un hombre sencillo hablar de la sonrisa brillante y cercana de Carnegie? [...] ¿Has oído preguntar a un ciudadano cuál era la opinión de Sir Joseph Lyons sobre las esperanzas y temores de nuestra tierra natal?” (2013: 163). Tanto el ciudadano común como el periodista del periódico capitalista que, por orden del propietario, dedica ríos de tinta a alabar la figura del millonario no lo hace por voluntad propia, sino porque a un le convencen y a otro le pagan para ello. Sin embargo, lo lastimoso es que esta práctica impida la difusión de lo que Chesterton entiende que es el buen periodismo. Para que este se lleve a cabo es indispensable anteponer la verdad a la alabanza vacua. Incluso la figura del magnate de la información periodística sería mejor vista por el ciudadano si se mostrara tal como es, sin negar aspectos propios de su identidad (por ejemplo, judío) o con su realización en el trabajo (ser trabajador en bolsa, expone en otro ejemplo) (Chesterton, 2013: 164).

7. CONCLUSIONES

Una vez analizados los textos seleccionados como muestra para la investigación, recogidos en la obra *Utopía capitalista y otros ensayos*, se puede determinar que se han cumplido los objetivos a la hora de estructurar las ideas en las que Chesterton muestra su parecer sobre el Periodismo de la época. Tras esta investigación se ha podido demostrar que, a pesar de que el Periodismo no era el tema principal de la obra, sí se le daba una gran importancia e incluso un análisis concreto que ha permitido poder realizar una investigación en torno al mismo.

A raíz de esto, se han podido localizar y describir los rasgos estilísticos que tienen que ver con los métodos que el autor emplea para presentar el tema del Periodismo en esta obra, defender sus argumentaciones o dejar en evidencia otras, y persuadir o conmover al lector en torno a este tema. Esto se puede comprobar si se atiende a los constantes ejemplos y preguntas retóricas que emplea; la referencia a hechos concretos –anecdóticos, constatables en unos casos y otros no- para establecer antecedentes, y a la posesión de un amplio abanico de figuras retóricas que oscilan desde la paradoja y el retruécano a la ironía, la metáfora y el paralelismo, por mencionar los más destacados.

De manera parcial, también se han logrado detectar elementos relacionados con el Periodismo Católico, con escasas referencias a la temática religiosa. En este sentido, merece ser destacado el hecho de que Chesterton no oficializaría su conversión al catolicismo romano hasta 1922, es decir, cinco años después de publicar *Utopía capitalista y otros ensayos*. No obstante, es evidente que en su labor periodística hay elementos de este modelo: menciona que Dios interviene en el devenir de ciertas situaciones; deja patente su capacidad de síntesis y análisis del sentido histórico de su época; su lenguaje es netamente retórico –y más prosaico-, y en algunas de sus disquisiciones parte del pensamiento de que la información busca el enriquecimiento moral y personal del sujeto.

La elección de Chesterton como autor en torno al cual gira el trabajo se debe a mi interés anterior por su obra. Esta investigación me ha permitido conocer más en profundidad, y de manera académica, el pensamiento y la obra del autor. En este sentido, he comprobado que,

aunque hay ciertos aspectos que son anacrónicos a la hora de extrapolarlos al marco periodístico actual, sí da respuesta en torno a cuestiones que siguen vigentes en la actualidad y que tienen que ver con la importancia de quien ostenta la propiedad de los medios de comunicación y cómo repercute esto en el contenido y calidad de la producción periodística, que tan cuestionada se encuentra hoy.

El desarrollo de la investigación ha sido posible gracias a los conocimientos y capacidades adquiridos anteriormente en la etapa académica. Asignaturas como “Documentación periodística”, “Historia del periodismo” y, fundamentalmente, “Periodismo y literatura” han sentado las bases de mi conocimiento para poder hacer una correcta selección y discernimiento de fuentes especializadas, así como una correcta elaboración de la bibliografía.

Por su parte, es necesario hacer una mención especial a la asignatura de “Métodos de Investigación en Comunicación”, ya que es el pilar fundamental que necesitamos los alumnos para realizar cualquier tipo de trabajo académico.

8. BIBLIOGRAFÍA

- Antuñano Alea, Salvador (2015): “G. K. Chesterton: verdadera filosofía para un tiempo desesperanzado”. En Abradelo de Usera, M.^a Isabel; Gutiérrez, Pablo (eds.), *Chesterton de pie* (pp 67-101). Madrid: CEU Ediciones.
- (2002): “Chesterton o la modernidad a plena luz”. *En Mar Oceana: Revista del humanismo español e iberoamericano*, n^o 10, (pp 47-74).
- Arroyo, G. (2011): Reductio ad Absurdum en la argumentación filosófica. *Revista Iberoamericana de Argumentación*, (1).
- Belloc, Hillaire (1940): *Sobre el lugar de Chesterton en las letras inglesas*. Londres: Sheed and Ward.
- Brajnović, L. (1979): *El ámbito científico de la información*. Universidad de Navarra.
- Canal TLV1. [CanalTLV1]. (2016, octubre 28). Chesterton, escritor y periodista camino a la santificación [Archivo de vídeo]. Recuperado de: https://www.youtube.com/watch?v=7awj_5ZheIc&t=533s
- CanalTLV1. [CanalTLV1]. (2015, mayo 29). Desafíos para el periodista católico, hoy [Archivo de vídeo]. Recuperado de: https://www.youtube.com/watch?v=iX5el_Y4FyU
- Carreras Gutiérrez, Pablo (2013): Introducción. En Chesterton, G. K. (Ed.), *La utopía capitalista y otros ensayos* (pp 5-15). Madrid, España: Palabra.
- Chesterton, Gilbert Keith (2013): *La utopía capitalista y otros ensayos*. Madrid: Palabra.
- (2003): *Autobiografía*. Barcelona: Acantilado.
- (2013): *Ortodoxia*. Barcelona: Acantilado.
- (2010): *Los Límites de la cordura: el distributismo y la cuestión social*. Madrid: El buey mudo.
- Cimorra, C. (1946): *Historia del periodismo*. Editorial Atlántida.
- Del Rosario Gutiérrez, María (2015): “Chesterton, director de G. K’s Weekly de pie”. En Abradelo de Usera, M.^a Isabel; Gutiérrez, Pablo (eds.), *Chesterton de pie* (pp 61-67). Madrid: CEU Ediciones.

- EL OBSERVADOR de la actualidad. [EL OBSERVADOR de la actualidad]. (2015, septiembre 17). Mesa redonda: Periodismo Católico [Archivo de vídeo]. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=VDqCEvFTtqo&list=FLxheQN9xT5xQfrFWl5Tn3sg&index=34&t=0s>
- Ferrater Mora, José (2015): *Diccionario de filosofía*. Tomo III (K-P). Barcelona: Ariel.
- Galdón López, G. (2006): De la objetividad a la prudencia. Hacia un paradigma informativo humanista.
- (2006): Teoría, programática y pedagogía de la Información Religiosa. Madrid: CEU Ediciones.
- García-Máiquez, E. (2009): El periodista eterno. En Chesterton, G. K. (Ed.) *La Cosa y otros artículos de fe* (pp 7-16). Sevilla, España: Espuela de plata.
- (2010): *El periodista eterno*. Sevilla: Espuela de Plata.
- Hirschberger, Johannes (1979): *Historia de la filosofía (I)*. Barcelona: Herder.
- Langa-Nuño, C. (2010): Claves de la historia del periodismo. *La dinámica periodística: perspectiva, contexto, métodos y técnicas*.
- MacKey, A. (2015): “Chesterton: el hombre y el escritor”. En Abradelo de Usera, M.^a Isabel; Gutiérrez, Pablo (eds.), *Chesterton de pie* (pp 31-47). Madrid: CEU Ediciones.
- Mariño, M. V. (2009): Desde el análisis de contenido hacia el análisis del discurso: la necesidad de una apuesta decidida por la triangulación metodológica. In IX Congreso Iberoamericano de Comunicación: Ibercom 06: Iberoamérica: comunicación, cultura y desarrollo en la era digital. Francisco Sierra Caballero (coordinador)(17 p.). Sevilla: Universidad de Sevilla. Universidad de Sevilla.
- Nigro, L. (2007): *Gilbert K. Chesterton, modelo de periodista católico. The Chesterton Review en español*, 1(1), 204-210.
- Núñez, M. M. (1997): Antecedentes y desarrollo de la dialéctica humanística: de Aristóteles a Brocense. *Florentia liberritana*, (8), 275-299.
- Orozco Núñez, M. (2016): El nacimiento de la prensa de masas en Europa: El caso de España.

- Pablo II, Juan (2000): Discurso del santo padre Juan Pablo II con motivo del jubileo de los periodistas. Recuperado de: https://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/speeches/2000/apr-jun/documents/hf_jp-ii_spe_20000604_journalists.html
- Pastorino, Miguel (2016): “Teosofía: la madre del ocultismo moderno”. En *Aleteia*, enero 2016. Consultado el 20 de febrero de 2019 en <https://www.google.com/amp/s/es.aleteia.org/2016/01/11/teosofia-la-madre-del-ocultismo-moderno/amp/>
- Pearce, J. (1997): *G. K. Chesterton: sabiduría e inocencia* (Vol. 109). Madrid: Encuentro.
- Plaza Bravo, M. J. (2016): Aproximación al pensamiento de Gilbert Keith Chesterton (1874-1936): the reason angels can fly is because they take themselves lightly.
- Ramos Díaz, Ary Waldir (2018): “El papa Francisco a los periodistas: Miren hacia la gente y llamen injusticia a lo que es injusticia”. En *Aleteia*, noviembre 2018. Consultado el 10 de febrero de 2019 en <https://es.aleteia.org/2018/11/09/el-papa-francisco-a-periodistas-miren-hacia-la-gente-y-llamen-injusticia-a-lo-que-es-injusticia/>
- Ratzinger, J., & del Barco, J. L. (1991): *Cooperadores de la verdad: (reflexiones para cada día del año)*. Madrid: Rialp.
- Romero-Wenz, L. (2019): Capitalismo como locura. *SCIO: Revista de Filosofía*, (16), 145-181.
- Schulze Schneider, Ingrid (2004): “La prensa escrita en los principales países occidentales”. En Carlos Barrera, *Historia del periodismo universal* (pp 176-196). Barcelona: Ariel.
- Seco, Luis Ignacio (2005): *Chesterton: Un escritor para todos los tiempos*. Madrid: Palabra.
- Serrano, Pascual (2014): *Desinformación. Cómo los medios ocultan el mundo*. Barcelona: Ediciones Península.
- Traditio* (2013): En el Diccionario Ilustrado VOX Latino-español (23ª ed.). Barcelona, España: Larousse.
- Vera, M. R. (2017): *El ensueño conservador: ¿Existe utopía en el pensamiento político de GK Chesterton?* (Doctoral dissertation, Universidad Pontificia Comillas).
- (2017:): El Humor en Chesterton: una aproximación positiva a la realidad.

ANEXO

Letras y los nuevos laureados

En estos artículos solamente tomo dos o tres ejemplos del hecho principal de nuestros días. Es decir, el hecho de que los Capitalistas de nuestra comunidad se están convirtiendo abiertamente en reyes de la misma. En mi último (y primer) artículo, tomé el caso del arte y la publicidad. Hice notar que el arte por necesidad está empeorando -simplemente porque la publicidad está mejorando-. En aquellos tiempos Millais se rebajó con el jabón de Pears. En estos días creo de veras que sería Pears quien se rebajaría con Millais. Pero aquí me vuelvo sobre un arte del que sé algo más, el del periodismo. Aunque en mi caso el arte se da sin artimañas.

La gran dificultad con los ingleses está en la ausencia de lo que podríamos llamar imaginación democrática. Nos resulta fácil identificar un individuo, pero muy difícil darnos cuenta de que las grandes masas están compuestas de individuos. Nuestro sistema ha sido aristocrático en el sentido especial de que ha habido muy pocos actores en el escenario. Y el fondo de escena se mantiene bastante oscuro, aunque realmente hay en él una multitud de caras. Cuando se habla de autogobierno no se habla tanto de los irlandeses como del Gran Anciano. La guerra Boer no era tanto sobre Sudáfrica como sobre *Joe*. Es un hecho divertido pero desconcertante que a todo liderazgo político, cuando le llega su turno, le entra el aislamiento del poder y se convierte en una pequeña aristocracia. Y nadie está aquejado tan gravemente de ese mal aristocrático como el Partido Laborista. En el último congreso, la única diferencia real entre Larkin y los líderes laboristas ingleses no estaba tanto en nada que dijera bien o mal, sino en algo elemental y casi místico en la forma en la que él se expresaba como si fuera una turba. Pero deberla estar claro, incluso para aquellos que están de acuerdo con la política oficial, que para el Sr. Havelock Wilson la cuestión principal era el Sr. Havelock Wilson, y que el Sr. Sexton estaba considerando ante todo la dignidad y altos sentimientos del Sr. Sexton. Se podría decir que eran tan sensibles como aristócratas o tan enrabiados como bebés: lo importante es que el sentimiento era personal. Pero Larkin, al igual que Danton, no solo habla como diez mil hombres hablando, sino que tiene algo del descuido del coloso de Arcis, «*Que mon nom soit flétri, que la France soit libre*».

Un baile degradante

No hace falta decir que este respeto por las personas ha llevado al resto de partidos a un baile degradante. Arruinamos Sudáfrica porque sería un insulto a Lord Gladstone salvar Sudáfrica. Tenemos un ejército malo porque sería descortés para con Lord Haldane tener un buen ejército. Y a ningún Tory le está permitido decir «Marconi» por miedo a que el Sr. George diga «Kynoch». Pero este curioso elemento personal, con su falta aberrante de patriotismo, ha aparecido en un departamento nuevo y curioso de la vida: el departamento de la literatura, particularmente el de la literatura periodística. La forma que toma es el siguiente ejemplo que daré del modo en que los Capitalistas aparecen, cada vez más abiertamente, como los señores y príncipes de la comunidad.

Tomaré un ejemplo victoriano para marcar el cambio, como hice en el caso de la publicidad de «Burbuja». En mi niñez decían los tories del tipo más apopléjico y envejecido que W. E. Gladstone solamente estaba en favor del mercado libre porque tenía acciones en los vinos extranjeros de Gilbey. Esto era, sin duda, una tontería, pero tenía una cierta verdad simbólica o, más que nada, profética. Era verdad hasta cierto punto, incluso entonces, y ha sido cada vez más cierto, que el estadista era a menudo aliado del mercader; y representaba no solo a una nación de tenderos, sino una tienda en particular. Pero en tiempos de Gladstone, incluso si esto fuese verdad, nunca era toda la verdad; y nadie hubiese permitido que fuese la verdad admitida. El político no era únicamente un vendedor ambulante particularmente elocuente y persuasivo, trabajando para ciertos hombres de negocios; es probable que mezclara su corruptela con ideales y normas políticas inteligibles. Y la prueba de esto es que al menos el estadista aparecía grande a los ojos del público, mientras que su respaldo financiero quedaba en un segundo plano. A algún señor mayor se le atragantaría el vino ante la certeza moral de que el Primer Ministro tenía ciertos intereses con un mercader de vino. Pero el anciano caballero se moriría en el acto si al mercader de vino se le hubiese tenido por igual de importante que al Primer Ministro. De haber sido Sir Walter Gilbey a quien denunció Disraeli o caricaturizó Punch; si los collarines preferidos de Sir Walter Gilbey se hicieran tan grandes como las alas de un arcángel; si tuviera fama Sir Walter Gilbey de haber acabado con el Roble Inglés con su hachuela, si cerca del Templo y Palacio de Justicia, nos encontráramos con una estatua magnífica de un mercader de vino; o si la señora

conservadora que tiró su panecillo al *Premier* lo hubiese lanzado al mercader de vino en su lugar, el impacto para la Inglaterra Victoriana hubiese sido verdaderamente grande.

Aureolas para los empresarios

Algo así está ocurriendo ahora, el empresario meramente rico empieza a tener no solo el poder sino algo de la gloria. He visto recientemente en varias revistas, y revistas con bastante clase, la aparición de un nuevo tipo de artículo. Se empieza a contratar a hombres literarios para alabar personalmente a un hombre de negocios, como antes se solía alabar a un rey. No solo encuentran razones políticas para la conspiración comercial -eso lo han hecho desde hace tiempo-, sino que encuentran incluso defensas morales para los conspiradores. Describen el cerebro férreo y el corazón dorado del Capitalista de la misma manera que los ingleses habían reservado a figuras románticas como Garibaldi o Gordon. En una revista excelente, el Sr. T. P. O'Connor, que cuando quiere puede escribir como un hombre de letras, se deshizo en floridos elogios para con Sir Joseph Lyons -el hombre que tiene las casas de té-. Escribió incidentalmente un pasaje delicioso sobre las bellas almas que poseían unas personas llamadas Salmon y Gluckstein. Creo que su mejor fragmento es aquel en que menciona que los éxitos sociales de Lyons incluían el talento de «imitar a un judío». El artículo venía acompañado por un gran retrato del mercader, con una mirada algo desagradable, que hacía particularmente asombrosa la hazaña de prestidigitación. Otro hombre de letras, que debiera estar por encima de esto, escribió en otro periódico unas loas al Sr. Selfidge. Sin duda se extenderá la moda, y el arte de las palabras, tan pulidas y expertas como las de Ruskin o Meredith, se perfeccionará aún más para explorar el corazón insondable de Harrod o para comparar el estoicismo simple de Marshall con el encanto místico de Snelgrove.

Cualquier hombre puede ser alabado, y con razón. Solo con alzarse sobre dos piernas ya hace algo que una vaca nunca podrá hacer. Si un hombre rico logra sostenerse sobre dos patas por un tiempo razonable, se le llama autocontrol. Si solo tiene una, se le llama (con algo de verdad) autosacrificio. Podría decir algo bueno (y cierto) de cualquier hombre que haya conocido. Por lo tanto no dudo de que pueda encontrar algo positivo de Lyons o de Selfridge, si buscase. Pero no buscaré. El cartero o taxista más cercano me proveerán del mismo cerebro férreo o corazón dorado que estos dos desafortunados con fortuna. Pero sí que

cuestiono toda una era de patrocinio revivido bajo tan absurdos patrones; y de que todos los poetas se hagan poetas de corte, bajo reyes que no han hecho ningún juramento ni nos han guiado en ninguna batalla.

Liberalismo: una muestra

Hay cierto diario en Inglaterra hacia el que me siento como Tom Pinch se sentía hacia el Sr. Pecksniff después de desenmascararlo. La guerra contra Dickens era parte de la guerra general contra todos los demócratas en los años 80 y 90, que trajo la plutocracia de hoy. Y una de las cosas que estaba de moda decir sobre Dickens en los salones de té es que no tenía sutileza y no podía describir un estado psicológico complejo. Como la mayor parte de las cosas que se dicen en los salones de té, era mentira. Dickens era un escritor muy desigual, y sus éxitos se alternan con sus fracasos; pero sus éxitos son sutiles tan a menudo como son simples. Tomando solamente «Martin Chuzzlewit», yo llamaría a la broma sobre el Lord Nozoo un chiste simple: pero llamaría a la broma sobre la visión de la Sra. Todgers de una pata de palo una broma sutil. Y ningún estado psicológico era más contradictorio ni más realista como el que Dickens describe cuando dice, en efecto, que, aunque Pinch sabía que nunca había existido tal persona como Pecksniff, en su sentido ideal no podía llegar a insultar la cara Y forma que había contenido la leyenda. El paralelismo con el periodismo liberal no es perfecto, porque una vez fue honesto, y Pecksniff probablemente nunca lo fuera. E incluso cuando siento una incompatibilidad de temperamento no era tan pecksniffiano como se ha vuelto desde entonces. Pero el símil es completo en tanto que comparto toda la dificultad del Sr. Pinch. Algún rey pagano recibió el consejo de uno de los santos celtas, creo, de quemar todo lo que había adorado y adorar lo que había quemado. Estoy dispuesto, si alguien me demuestra que estoy equivocado, a adorar lo que he quemado; pero realmente me siento poco inclinado, hasta la debilidad, a quemar lo que he adorado. Es una debilidad que hay que superar en tiempos tan malos como estos, cuando (como escribió el Sr. Orange con un sentido común espléndido el otro día) hay mucho que hacer y pocos que lo hagan. Así que dedicaré este artículo a considerar un caso de la bajeza asombrosa a la que ha llegado el periodismo liberal.

Derrumbe mental en Fleet Street

Uno de los dos o tres rayos de luz en nuestro horizonte se puede ver en esto: que el derrumbe moral de los periódicos se ha visto acompañado por un derrumbe mental. El periódico oficial contemporáneo como el «Daily News» o el «Daily Chronicle» (en cuanto tiene que ver con política) simplemente no puede argumentar; y ni siquiera lo disimula. Considera las soluciones que imagina que quieren los ricos y las señala de la forma habitual, que no es levantando la mano, sino cayendo de cara.

Pero no hay cualidad más curiosa en su degradación que un tipo de descuido, por la prisa y la fatiga, con el que muestra sus argumentos o su negativa a argumentar. Ni siquiera escribe sofismas, escribe cualquier cosa. No intenta envenenar la mente del lector, sino que da por hecho que no la tiene. Por ejemplo, en uno de estos periódicos apareció un artículo sobre Sir Stuart Samuel a quien, habiendo violado el gran estatuto liberal contra la corrupción, se le pedirá, quizá, que pague su propia multa, a pesar de que se lo puede permitir. El artículo dice, si recuerdo bien, que la decisión causará sorpresa general y algo de indignación. Que cualquier Gobierno moderno que haga que un Capitalista rico obedezca la ley cause sorpresa general, puede ser cierto. Que esto cause indignación general depende más bien de que nuestro círculo social esté limitado a Park Lane o cualquier otro cuchitril dorado por ese estilo. Pero el periodista continúa diciendo, con el pescuezo cada vez más fuera del cuello de su camisa y su pelo levantado cada vez más de su cabellera, en fin, asemejándose cada vez más al original de Dickens a cada instante, que no quiere decir que la ley contra la corrupción deba ser menos exigente, sino que el castigo debe pesar sobre toda la comunidad. Puede que esto quiera decir que, cuando un rico quebranta la ley, todos los pobres deben pagar su multa. Pero vamos a suponer que tenga un significado menos absurdo. Supongo que quiere decir que el poder entero de la nación se debe utilizar para perseguir un criminal de este tipo. Eso, claro está, solo puede significar que el tema lo decidirá aquel instrumento que aún pretende representar el poder de toda la nación. En fin, que el Gobierno juzgará al Gobierno.

Ahora, este es un ejemplo claro de pura lógica. No necesitamos entrar en otras delicias del artículo, como cuando dice que «antiguamente el Parlamento tenía que ser protegido de la invasión real por el hombre de la calle». El Parlamento tiene que ser protegido ahora contra el horror de la calle. El Parlamento es sencillamente la más detestada y detestable de todas

nuestras instituciones nacionales: todo esto es evidente. Lo que es interesante es la vacía falacia del intento de respuesta.

Cuando el periodista está arruinado

Hace tiempo, antes de que muriesen todos los liberales, un liberal presentó una propuesta de ley para evitar que se llenase al parlamento de esclavos de los intereses financieros. Para ello estableció el excelente principio democrático de que el ciudadano privado, como tal, pudiera protestar contra la corrupción pública. Se le llamaba el «Informante Común». Creo que los miserables periódicos partidistas se ven obligados a jugar con la degradación de las dos palabras en el lenguaje moderno. La palabra «común» en «informante común» quiere decir exactamente lo que quiere decir en «Sentido común» o «libro común de oraciones» o (sobre todo) en «Cámara de los Comunes». No quiere decir algo bajo o vulgar más que cualquiera de ellos. La única diferencia es que la Cámara de los Comunes realmente es baja y vulgar y que el informante común no lo es. Lo mismo con la palabra «informante». No quiere decir espía o entrometido. Es quien da información. Significa lo que debería significar «Periodista». La única diferencia es que al informante común se le puede pagar si dice la verdad. El periodista común puede arruinarse si lo hace.

El problema principal del periodista de partido es este: que, si realmente quiere decir que una corruptela entre un Gobierno y un contratista debiera ser juzgada por la opinión pública, debe (hoy en día) referirse al Parlamento. Es decir, al partido que controla el Parlamento. Y debe decidir entre uno de estos dos puntos de vista. O quiere decir que no hay tal cosa como un gobierno corrupto. O quiere decir que una de las cualidades características de un gobierno corrupto es la de denunciar su propia corrupción. Me río, y le dejo con la elección.

La fatiga de Fleet Street

¿Por qué es tan malo el periodismo partidista? Es peor incluso de lo que pretende ser. Alaba a sus ridículos líderes de partido en las duras y en las maduras, pero de alguna manera llega a hacerles parecer mayores idiotas de lo que son. Esta peculiar torpeza llega incluso a las fotografías de los hombres públicos, cuando son capturados mediante instantáneas en sus

mítines públicos. El político sensible (si tal cosa existe) querrá asesinar al hombre que le toma la foto en esos momentos. Nuestra impresión general sobre los gestos de un hombre y su figura está compuesta por una serie de instantes fugaces, en cualquiera de los cuales se le verá peor que la imagen formada por nuestra impresión general.

El Sr. Augustine Birrel puede haber hecho un discurso sensato y entretenido, en el transcurso del cual su público no hubiera casi notado que arregla su corbata. Hazle la foto y aparecerá agarrándose la garganta de forma convulsiva en las agonías de una estrangulación, con su cabeza girada hacia un lado como un ahorcado.

Sir Edward Carson puede haber hecho un buen discurso lo suficientemente cansado como para alternar su peso de una pierna a otra. Toma la instantánea y aparece con una pierna rígida en el aire y bostezando lo suficiente como para tragarse al público. Pero es en la prosa de la Prensa donde encontramos la mayor parte de las manifestaciones de esta extraña ineptitud esta habilidad de mostrar a los favoritos con una luz poco apropiada. No es tanto que los periodistas de partido no digan la verdad como que cuentan suficiente verdad para que esté perfectamente claro que están contando mentiras. No de sus errores favoritos es el paso repentino de lo sublime a lo ridículo y trivial. Empiezan por decirte que el estadista ha dicho algo brillante en estilo o algo inteligente y mordaz, ante lo cual su audiencia se estremeció de terror o explotó en aplauso. Y luego te dicen qué es lo que dijo. ¡Burros!

Exageración absurda

Este es un ejemplo de un periódico liberal de referencia hablando de los debates sobre el autogobierno. Yo soy partidario del autogobierno, así que mis simpatías estarían, en todo caso, del lado del periódico liberal en este asunto. Lo utilizo como un mero ejemplo de la forma ridícula de escribir que, por exageración absurda, hace parecer al héroe más pequeño de lo que realmente es.

Este era un lenguaje extraño para hablar de la «mentira hipócrita», y el Sr. Asquith, sabiendo que la batalla más grande de su carrera se cernía sobre él, respondió sin piedad. «Primero me gustaría saber», dijo él, mirando a sus partidarios, «Si se aceptan mis propuestas». Y esto es todo. Y realmente no veo por qué se le debe representar al pobre Sr. Asquith como infractor de la virtud cristiana de la piedad simplemente por decir eso. Yo mismo puedo

componer una multitud de párrafos sobre el mismo modelo, cada uno con un epigrama mordaz e incluso falta de escrúpulos. Por ejemplo:

«El arzobispo de Canterbury, consciente de que su elección estaba entre rechazar a Dios o ganarse la corona del martirio muriendo bajo tormento, habló con un frenesí de pasión religiosa que hubiese parecido fanático bajo circunstancias menos intensas. “El servicio de niños”, dijo firmemente, de cara a la congregación, “tendrá lugar a las cuatro y cuarto de la tarde como es habitual”».

O podríamos decir:

«Lord Roberts, consciente de que tenía que enfrentarse al Apocalipsis y que, si perdía esta batalla contra un enemigo aparentemente imbatible, la independencia de Inglaterra desaparecería para siempre, dirigió a sus soldados (mirándoles sin caerse del caballo) un discurso que llevó sus pasiones nacionales a ebullición, y que hubiese parecido demasiado sangriento en tiempos más quietos. Concluyó con la declaración celebrada de que ese día hacía bueno».

O podríamos tener la emoción de leer algo así:

«El Astrónomo Real, dándose cuenta de que la Tierra acabaría hecha trizas por un cometa a no ser que sus peticiones sobre la telegrafía sin cables se consideraran seriamente, dio un discurso en la Real Sociedad que, en otras circunstancias, parecería demasiado dogmático y emocional y deficiente en agnosticismo científico. Este discurso (que pronunció sin intento alguno de ponerse de cabeza) incluyó la declaración fiera e incluso feroz de que es generalmente más fácil ver las estrellas de noche que de día».

Ahora, no puedo ver, con razón y conciencia, que cualquiera de estos párrafos sea más ridículo que el original. Nadie se puede creer que el Sr. Asquith considere estos acuerdos tardíos y cuidadosos sobre el autogobierno «la batalla más grande de su carrera». En justicia hay que admitir que ha tenido batallas más grandes que esa. Nadie puede creer que cualquier grupo de hombres presente haya reaccionado con estremecimiento o aplauso ante un hombre que decía sencillamente que le gustaría saber si se aceptaban sus propuestas. No, sería mucho mejor para el Parlamento si sus puertas se volviesen a cerrar y se excluyese a los periodistas. En esos días el público oía rumores genuinos de elocuencia casi gigantesca; como

la ya imborrable respuesta de Pitt ante las acusaciones de juventud o el ataque de Fox a la idea de la guerra como negociación cobarde. Sería mejor seguir la moda antigua y no dejar entrar a los periodistas que seguir la presente y seleccionar a los periodistas más estúpidos que pueda encontrar.

Su montón de mentiras

Ahora, ¿por qué dicen tantas idioteces los de Fleet Street? La gente de Fleet Street no es idiota. La mayor parte de ellos se han dado cuenta de la realidad por su trabajo; algunos, por hambre y otros, por condena o algo condenable. Y creo simple y seriamente que están cansados de su trabajo. Como el general dijo en la obra de M. Rostand, *«la fatigue!»*.

Creo sinceramente que esta es una de las formas en las que Dios (no te inquietes, la Naturaleza, si prefieres) se venga de forma inesperada contra las cosas infames e irracionales. Y este método es que la tenacidad moral e incluso física de los hombres se doblega bajo tal montón de mentiras. Siguen escribiendo sus artículos de portada y sus informes parlamentarios. Siguen haciéndolo como un presidiario sigue picando piedra. Pero la cuestión no es que nosotros estemos aburridos de sus artículos, sino que lo están ellos. El trabajo es peor porque se hace débilmente y sin entusiasmo humano. Y se hace débilmente por la verdad que hemos contado tantas veces en este libro: que no se hace por la monarquía, por la que muchos hombres morirían; ni por la democracia, por la que muchos hombres mueren; ni siquiera por la aristocracia por la cual muchos hombres han muerto. Se hace por una cosa llamada Capitalismo, que destaca en la historia de múltiples formas curiosas. Pero lo más curioso de todas ellas es que ningún hombre lo ha amado y ningún hombre ha muerto por él.

La tiranía del mal periodismo

La sorprendente decisión del Gobierno de utilizar métodos ajenos a Inglaterra, y más bien propios de la policía del Continente, probablemente surge de la aparición de periódicos que son lúcidos y combativos, como los periódicos del Continente. El tema se puede formular de varias maneras. Pero una forma de expresarlo es diciendo simplemente que un monopolio de mal periodismo está resistiendo la posibilidad de que haya buen periodismo.

El periodismo no es lo mismo que la literatura; pero hay buen y mal periodismo igual que hay buena y mala literatura e igual que hay buen y mal fútbol. En los últimos veinte años o así, los plutócratas que gobiernan Inglaterra solo han permitido a los ingleses el mal periodismo. Muy mal periodismo, considerándolo simplemente como periodismo.

Siempre requiere un tiempo considerable el ver el hecho simple y central de cualquier asunto. Se puede decir todo tipo de cosas sobre la prensa moderna, especialmente sobre la prensa amarilla; que es patrioterica o filistea o sensacionalista o equivocadamente inquisitiva vulgar o indecente o trivial; pero nada de esto tiene que ver con la cuestión central del asunto.

La cuestión de la prensa no es cómo se le llama. No es «prensa popular». No es prensa pública. No es un órgano de opinión pública. Es una conspiración de unos pocos millonarios, todos suficientemente similares como para estar de acuerdo sobre los límites de lo que esta gran nación (a la que pertenecemos) puede saber de sí misma y de sus amigos y enemigos. El círculo no está del todo completo; sigue habiendo periódicos honestos a la vieja usanza: pero está suficientemente cerca de estar completo como para producir, sobre el consumidor medio de noticias, el efecto práctico de una encerrona y un monopolio. Recibe toda su información política y todas sus directrices políticas de lo que viene a ser una especie de sociedad secreta semiconsciente, con muy pocos miembros, pero con mucho dinero.

Este hecho enorme y esencial se nos esconde tras las muchas leyendas que han pasado al lenguaje común. Existe la noción de que la prensa es trivial o excesiva porque es popular. En otras palabras, se intenta desacreditar la democracia representando este periodismo como la literatura natural de la democracia. Todo esto son tonterías. La democracia no tiene más que ver con los periódicos que con los títulos nobiliarios. Los periódicos millonarios son vulgares y estúpidos porque los millonarios son vulgares y estúpidos. Es el propietario, no el editor ni el subeditor, y mucho menos el lector, el que está contento con esta planicie monótona de palabras impresas. La misma calumnia a la democracia se puede ver en el caso de los anuncios. Hay más de una tierna imaginación tory que siente vagamente que nuestras calles estarían repletas de escudos de armas y tapicerías si no fuese porque los profanos y vulgares los han llenado de anuncios de Sapolio y Jabón Sol. Pero los anuncios no vienen de la masa analfabeta. Viene de los pocos refinados. ¿Has oído hablar de una turba que se alzara para llenar el ayuntamiento con proclamas en favor de Sapolio? ¿Has visto alguna vez a un

hombre pobre y desaliñado dibujar y pintar laboriosamente una imagen en la pared a favor del Jabón Sol simplemente como obra de amor? Es un sinsentido; aquellos que llenan nuestros muros públicos con imágenes feas son los mismos pocos que llenan sus paredes privadas con imágenes exquisitas y caras. La vulgarización de la vida moderna viene de la clase gobernante. De la clase altamente educada. Muchos de los que tienen carteles en Cramberwell también tienen títulos en Westminster. Pero el ejemplo más claro de todo esto, que hasta ahora se mantiene incólume, es la horrenda monotonía de la prensa.

Entonces llega la otra leyenda; la noción de que los hombres, como los amos de los monopolios periodísticos, «dan a la gente lo que pide». De hecho, toda la finalidad y definición de un monopolio es dar a la gente lo que elige el monopolio. Antiguamente, cuando los parlamentarios eran libres en Inglaterra, se descubrió que a un miembro de la corte se le permitía vender toda la seda y, a otro todo el vino dulce. Un miembro de la Cámara Comunes preguntó con gracia quién tenía el permiso de vender todo el pan. Realmente tiemblo al pensar qué dirían los legisladores sarcásticos si hubiesen dicho las tonterías modernas de «medir las preferencias públicas». Supongamos que el primer cortesano haya dicho que, por su clarividencia y trabajo personal, había detectado en la gente un vago deseo de tener seda; e incluso un deseo profundo y casi inapreciable de pagar tanto por metro. Supongamos que el segundo dice que había, por su propia inteligencia sin par, descubierto un deseo general de beber vino y que la gente compraba su vino a su precio, ¡cuando no había otro! Supongamos que saliera un tercer cortesano y dijese que la gente siempre compraba su pan, cuando no podían encontrar otra alternativa.

Pues este es un paralelo perfecto. «Después del pan, la necesidad de la gente es el conocimiento», decía Danton. Pues el conocimiento es ahora un monopolio, y llega a los ciudadanos por canales estrechos y seleccionados, exactamente como llegaría el pan a una ciudad asediada. Los hombres quieren saber qué ocurre, sea quien fuere el que tenga el privilegio de decírselo. Deben escuchar al mensajero, incluso si es un mentiroso. Deben escuchar al mentiroso, incluso si es aburrido. El periodista oficial ha sido por mucho tiempo aburrido y mentiroso, pero era imposible hasta hace poco ignorar sus hojas de noticia. De un tiempo acá, la prensa Capitalista empieza a ser ignorada; porque su mal periodismo era demasiado como para ser soportado. Nos hemos dado cuenta de que el Capitalismo no puede

escribir, igual que no puede luchar o rezar o casarse o contar un chiste o hacer cualquier otra cosa mínimamente humana. Pero este descubrimiento ha sido muy reciente. Nunca dejó de leerse el periódico Capitalista hasta que se hizo literalmente ilegible.

Si mantienes la superstición servil de que la prensa, tal como es fabricada por los Capitalistas, es popular (en cualquier sentido aparte de aquel en el que el agua sucia en un desierto es popular), considera el caso de los solemnes artículos de alabanza dirigidos a los hombres que son dueños de periódicos, gente como Cadburv o Harmsworth, gente del tipo del pequeño club de millonarios. ¿Has oído a un hombre sencillo en un autobús o tren hablar de la sonrisa brillante y cercana de Carnegie o la hospitalidad sencilla de Rothschild? ¿Has oído preguntar a un ciudadano cuál era la opinión de Sir Joseph Lyons sobre las esperanzas y temores de esta nuestra tierra natal? Estos pocos hombres de poca estatura publican periódicos para alabarse a sí mismos. No puedes encontrar un solo pobre inteligente que dé loas al alma de un millonario, si no es pagándole, igual que no puedes con vencerle de vender el jabón de un millonario, excepto pagándole. Y repito que, aunque hay otros aspectos de este tema de la nueva razia plutócrata, uno de los más importantes es la mera envidia periodística. La prensa amarilla es mal periodismo, y quiere evitar el advenimiento del buen periodismo.

El lector medio preferirá siempre que se hable de Lloyd George tal cual es, un galés con gran inteligencia e ideales, curiosamente fascinado por la mala moda y las malas finanzas, en lugar de hablar de él como algo que nunca fue ni él ni nadie: un demócrata perfecto o un demagogo completamente detestable. No hay un solo lector de un diario que no sienta más interés -y más respeto- por Sir Rufus Isaacs como un hombre que había trabajado en la bolsa, que como un hombre que resulta que es fiscal general. No hay un solo hombre de la calle que no esté más interesado en las inversiones de Lloyd George que en su Campaña de la Tierra. No hay un solo hombre de la calle que no entienda mejor a Rufus Isaacs (y le caiga mejor) como judío de lo que puede posiblemente gustarle como estadista británico. No hay un solo periodista vivo que diga que la versión oficial de los Marconi sea mejor que la historia verdadera que estos periódicos omitieron. Hemos cometido un crimen contra el propietario periodista que nunca perdonará. Hemos dicho que sus periódicos son aburridos. Y hemos propuesto publicar algunos periódicos que sean interesantes.